



Departamento de Posgrados

**"Relatos que Transforman: La Mediación Pedagógica como
Estrategia de Aprendizaje"**

Título a obtener: Máster en docencia Universitaria

Autor: Andrea Pangol Pillaga

Tutor: Verónica Condor

Cuenca, Ecuador 2025

Dedicatoria

A mis amados hijos Benjamín y Victoria, Benjamín, con tu curiosidad y alegría, me has enseñado la maravilla de explorar el mundo con asombro. Victoria, aunque apenas estás comenzando tu viaje, tu llegada ha llenado nuestros corazones de una felicidad inmensa. Este texto es un testimonio de mi amor y dedicación hacia ustedes, mis dos pequeños que iluminan cada día de mi vida.

Y a mi padre, quien siempre es y será mi apoyo incondicional. Le agradezco por la segunda oportunidad que la vida le ha dado, por la fortaleza para recuperarse y por ser un ejemplo de lucha y amor en mi vida.

Gracias

Agradecimiento

Quiero expresar mi agradecimiento a mi padre, cuyo apoyo incondicional y palabras, aunque a veces duras, me han motivado a demostrarle que puedo lograrlo a pesar de todas las adversidades que he enfrentado en mi vida. Su confianza ha sido un impulso fundamental en este camino.

A mi mejor amiga, Gabriela Durán, por tu amistad inquebrantable, tu ánimo constante y tu apoyo incondicional en cada paso de esta travesía. Tu presencia ha sido un pilar fundamental en mi vida, y estoy profundamente agradecida por tenerte a mi lado.

A la Universidad del Azuay, por brindarme la oportunidad de formar parte de su comunidad académica y por proporcionar un entorno estimulante para el aprendizaje y el crecimiento.

A mi tutora, Verónica Córdor, cuyo apoyo, orientación y paciencia han sido esenciales para el desarrollo de esta tesis. Su conocimiento y dedicación han marcado una gran diferencia en mi trabajo y en mi formación profesional. Gracias por guiarme con tanto esmero y por su compromiso con mi éxito académico.

Finalmente, agradezco a aquellos que no creyeron en mí. Su escepticismo me ha impulsado a demostrarme a mí mismo y a superar obstáculos, convirtiéndose en una fuente inesperada de fuerza y determinación. A través de sus dudas, encontré la motivación para persistir y alcanzar mis metas.

A todos ustedes, mi más profundo agradecimiento por ser parte de este viaje.

Resumen

Este trabajo es más que un documento académico; es un viaje lleno de experiencias, vivencias e historias que le han dado sentido al aprendizaje. Cada página refleja momentos reales, donde el conocimiento no solo se enseña, sino que se siente y se vive. El texto paralelo ha sido un puente entre la teoría y la realidad, permitiendo que cada lección se transforme en algo tangible. Aquí, el estudiante no es un espectador, sino el protagonista. Porque aprender es más que memorizar, es descubrir, equivocarse y emocionarse con cada nuevo hallazgo que nos cambia para siempre.

Palabras clave: Mediación pedagógica, texto paralelo, experiencia educativa, narrativas en educación, reflexión pedagógica

Abstract:

Summary

This work is more than an academic document; it is a journey full of experiences, life lessons, and stories that have given meaning to learning. Each page reflects real moments, where knowledge is not only taught but also felt and lived. The parallel text has been a bridge between theory and reality, allowing each lesson to become something tangible. Here, the student is not a spectator but the protagonist. Because learning is more than memorizing; it is about discovering, making mistakes, and getting excited with each new finding that changes us forever.

Keywords: Pedagogical mediation, parallel text, educational experience, narratives in education, pedagogical reflection

Índice de contenido

Dedicatoria	ii
Agradecimiento	iii
Resumen	iv
Abstract:	v
Introducción	8
Metodología	9
Marco Teórico	10
El Rol del Docente: De Transmisor a Mediador	12
Primera parte	17
La Enseñanza en la Universidad	17
Capítulo 1.	18
Como Fuimos educados	18
Capítulo 2.	20
Mediar con la Cultura	20
Capítulo 3	23
Volver la mirada al Curriculum	23
Capítulo 4.	26
En torno a nuestras casas de estudio.	26
Capítulo 5	29
En torno a los educar para.	29
Capítulo 6.	33
La vivencia de las instancias del aprendizaje.	33
Capítulo 7.	37
Tratamiento del contenido	37
Verónica como docente	37
Capítulo 8.	41
La inclusión en la Universidad.	41
Capítulo 9.	44
Práctica de Prácticas	44
Capítulo 10.	48
En torno a la evaluación.	48

Capítulo 11.....	51
La fundamental tarea de validar.....	51
Segunda Parte	54
El aprendizaje en la Universidad.....	54
Capítulo 12.....	55
En torno a la labor educativa con la juventud.....	55
Capítulo 13.....	58
La solución a la violencia cotidiana.....	58
Capítulo 14.....	61
La forma educa.....	61
Capítulo 15.....	64
El encuentro con el espectáculo pedagógico.....	64
Capítulo 16.....	67
Una experiencia pedagógica con sentido.....	67
Tercera parte	69
La investigación en la Universidad.....	69
Reflexión # 1.....	70
Reflexión #2.....	72
Conclusiones.....	73
Recomendaciones.....	74
Bibliografía.....	75
Anexos.....	76
Glosario.....	76

Introducción

Desde el primer momento en que inicié este trabajo, me di cuenta que sería un camino lleno de aprendizajes, desafíos y, sobre todo, de crecimiento personal. No fue un proceso solitario; cada práctica, cada reflexión y cada ajuste fueron posibles gracias a la guía atenta y paciente de Verónica, mi tutora. Su acompañamiento constante me brindó la confianza necesaria para avanzar con seguridad, incluso en los momentos en los que sentía dudas o incertidumbre.

Con el tiempo, descubrí que este no era solo un trabajo académico, sino un viaje de exploración en el que cada práctica me permitía ver con mayor claridad la profundidad del tema. Aprendí a detenerme, a observar con atención, a encontrar significado en cada detalle. La paciencia se convirtió en mi mayor aliada y la dedicación en mi motor. Cada avance, cada pequeño logro, reforzaba mi convicción de que estaba en el camino correcto. Lo que al inicio parecía un reto, pronto se transformó en una experiencia que disfrutaba cada vez más. Al final, no solo terminé el trabajo: lo viví, lo sentí, y con cada paso reafirmé la pasión que me llevó a emprenderlo

Metodología

Este camino de aprendizaje fue mucho más que un proceso académico; fue una travesía llena de retos y emociones. A lo largo de la maestría, cada herramienta metodológica me desafió y me ayudó a crecer de maneras que no había imaginado.

Las prácticas de aprendizaje fueron esenciales en este recorrido. Con cada tema, tuve la oportunidad de poner en acción lo aprendido, de equivocarme, corregir y volver a intentarlo. Los textos paralelos, por su parte, fueron como ventanas abiertas que me permitieron ver más allá de lo evidente. No solo me brindaron conocimiento, sino que me hicieron reflexionar, cuestionar y conectar cada idea con mi propia realidad. En sus páginas encontré inspiración, guía y, muchas veces, respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que tenía. Leerlos no fue un acto pasivo, fue, una conversación con las palabras que, poco a poco, fueron tejiendo el mapa de mi aprendizaje.

Nada de esto habría sido igual sin la presencia cercana, exigente y cálida de Verónica, mi tutora. Su acompañamiento trascendió lo académico; fue humano, sincero y generoso. En los momentos de duda, sus palabras me devolvieron la claridad. Más que una guía, fue una aliada, alguien que, con paciencia y sabiduría, me ayudó a encontrar mi propia voz en este proceso. El glosario de términos, se convirtió en una brújula para navegar este mar de aprendizaje. Cada palabra fue un testigo silencioso de mi evolución, creciendo conmigo a medida que avanzaba en este camino.

Estos cuatro elementos las prácticas de aprendizaje, el texto paralelo, la tutoría y el glosario fueron mucho más que estrategias metodológicas; fueron parte de mi historia, de mi transformación. Hoy, al mirar atrás, no veo solo conocimientos adquiridos, sino una versión de mí que ha crecido, que ha aprendido a mirar con otros ojos y que lleva consigo no solo lo estudiado, sino lo vivido y sentido en cada paso de esta maravillosa travesía.

Marco Teórico

Este marco teórico no solo reúne teorías, sino que es un encuentro vivo con mentes brillantes que han dado sentido a la educación como un acto profundamente humano. Cada autor no solo fue escogido por su conocimiento, sino porque su voz es importante en el arte de enseñar: guiar, inspirar y transformar. Paulo Freire nos enseñó que educar es un acto de libertad y esperanza, un diálogo que rompe cadenas y abre horizontes. Vygotsky nos recordó que el aprendizaje nunca es un camino solitario, sino una construcción colectiva que se teje en la interacción con los demás. Prieto Castillo nos mostró que la mediación pedagógica es el arte de acompañar, de tiernos puentes entre el saber y quien aprende. Maturana nos hizo ver que el aprendizaje nace desde la emoción, desde el reconocimiento del otro, desde el amor que da sentido al conocer. Guevara nos invita a comprender la mediación en la era digital, en un mundo donde la tecnología no debe reemplazar el vínculo humano, sino potenciarlo. Y Hugo Assmann nos deja una lección invaluable: la educación no solo debe informar, sino conmover, emocionar y transformar.

Cada autor fue elegido porque su mirada sobre la educación va mucho más allá de la simple transmisión de conocimientos. Nos recuerdan que enseñar es encender luces en la oscuridad, abrir caminos donde antes solo había muros, y tocar vidas con la certeza de que cada encuentro educativo es una oportunidad para sembrar esperanza.

El acto de educar es, ante todo, un acto de humanidad. En cada interacción entre docente y estudiante nace un puente invisible de significados, un espacio de encuentro donde el conocimiento no solo se transmite, sino que se construye con el calor de la palabra, el poder de escuchar y la magia de comprender. Es en ese diálogo donde la educación cobra vida, donde la enseñanza deja de ser un simple acto de instrucción y se convierte en una experiencia transformadora. La mediación pedagógica, en este sentido, no es solo una técnica o una metodología; es un arte que orienta el aprendizaje hacia la autonomía, la reflexión y la transformación personal y social. Es el acto de acompañar sin imponer, de guiar sin anular la voz del otro, de crear espacios donde el estudiante pueda descubrir, cuestionar y construir su propio conocimiento. No

se trata de llenar mentes vacías, sino de despertar conciencias, de sembrar inquietudes que conducirán a un pensamiento crítico y a una comprensión más profunda del mundo.

Educar es, entonces, mucho más que enseñar contenidos; es avivar el deseo de aprender, es iluminar caminos y tender la mano a quienes buscan sentido en lo que estudian. Es entender que cada estudiante trae consigo una historia, una vivencia, una forma única de ver la realidad, y que la labor del docente no es modificarlo, sino potenciarlo, reconocerlo y ayudar a crecer. En esta relación de aprendizaje, ambos, docente y estudiante, se enriquecen, porque la educación verdadera es un acto de encuentro, de crecimiento mutuo, de construcción colectiva del saber y de la vida. (Prieto, 2003)

La educación es un acto profundamente humano en el que tanto el docente como el estudiante se humanizan mutuamente. No se trata de una relación unidireccional donde el profesor transmite y el estudiante recibe información, sino de un proceso en el que ambos construyen conocimiento y significado a través de la interacción. Es en este encuentro donde la educación deja de ser una simple acumulación de saberes y se convierte en una experiencia transformadora, cargada de sentido y propósito. En este proceso, la mediación pedagógica no es solo una estrategia, sino el punto de partida de una construcción que permite al estudiante ascender hacia una comprensión crítica del mundo. Acompañar no significa imponer verdades absolutas, sino facilitar el acceso al conocimiento de manera reflexiva, ofreciendo herramientas para que el estudiante cuestione, analice y descubra su propia voz en el aprendizaje. La educación, no es un acto de dominar, sino de liberación, donde el saber se convierte en un instrumento para la autonomía y la transformación personal y social. La enseñanza, entonces, es la construcción conjunta de significados en un espacio de confianza y respeto. Así, la educación deja de ser una imposición de verdades y se convierte en un proceso dinámico, en el que se iluminan caminos, se despiertan conciencias y se siembran semillas que pueden florecer en la construcción de una sociedad más justa y equitativa. (Freire, 1970)

Al hablar de la Zona de Desarrollo Próximo (ZDP), Vygotsky (1978) nos presenta un concepto fundamental en la educación: un espacio intermedio donde el estudiante, con el apoyo de un mediador, puede alcanzar un nivel de comprensión que por sí solo no

lograría. No se trata de un impuesto de aprendizaje ni de una dependencia absoluta, sino de un acompañamiento estratégico que impulsa al estudiante a superar sus propios límites y expandir sus capacidades. Es en este delicado equilibrio donde la figura del docente cobra su mayor relevancia: no como una fuente inagotable de respuestas, sino como una guía que desafía y celebra cada avance en el aprendizaje. El docente se convierte en un puente entre el conocimiento y el estudiante, adaptando su intervención según las necesidades individuales, ofreciendo el apoyo necesario en el momento preciso y retirándose gradualmente cuando el aprendiz adquiera autonomía. La Zona de Desarrollo Próximo nos recuerda que aprender no es un acto solitario, sino una experiencia compartida que se nutre del diálogo, la interacción y la confianza mutua. En este sentido, la enseñanza se transforma en un arte, donde el docente no solo instruye, sino que inspira y genera las condiciones para que el estudiante descubra su propio potencial y lo desarrolle plenamente. (Vygotsky, 1978)

El Rol del Docente: De Transmisor a Mediador

Tradicionalmente, el docente fue visto como la única fuente del conocimiento, un transmisor de verdades absolutas que impartía información de manera unidireccional. En este modelo, el estudiante ocupaba un rol pasivo, limitado a recibir y memorizar los contenidos sin mayor cuestionamiento ni participación activa. Sin embargo, la mediación pedagógica propone una transformación radical de este paradigma, invitando a repensar el papel del docente y la esencia misma del proceso de enseñanza-aprendizaje. Desde esta perspectiva, el docente ya no es solo quien instruye, sino quien inspira, quien acompaña y quien también aprende junto a sus estudiantes. Su función no se reduce a la transmisión de conocimientos, sino que se amplía hacia la creación de espacios de diálogo, exploración y construcción conjunta del saber. En palabras de Daniel Prieto, "el docente mediador es aquel que no impone caminos, sino que los recorre junto a sus estudiantes" (Prieto, 2003). Resalta la importancia de un aprendizaje dinámico y participativo, en el que el educador no es una figura autoritaria, sino un facilitador que estimula la curiosidad, el pensamiento crítico y la autonomía del estudiante. Ser un docente mediador implica reconocer que cada estudiante es un sujeto activo, con experiencias, emociones y conocimientos previos que enriquecen el proceso educativo. Significa transformar el aula en un espacio de encuentro, donde el error se asume como una oportunidad de aprendizaje,

donde se fomenta el cuestionamiento y la reflexión, y donde enseñar no es sinónimo de imponer, sino de guiar y compartir. Así, la mediación pedagógica nos recuerda que la educación no es un acto de dominación, sino de liberación, de descubrimiento y de construcción conjunta de un conocimiento que trascienda el aula y transforma la realidad. (Prieto, 2003)

Este enfoque supone un cambio profundo en la relación pedagógica: el aula deja de ser un espacio rígido de transmisión unidireccional para convertirse en un entorno de exploración, diálogo y construcción colectiva del conocimiento. Aquí, los errores no son castigados ni vistos como fracasos, sino como valiosas oportunidades de crecimiento. Se fomenta una mentalidad de aprendizaje en la que cada intento, cada equivocación y cada pregunta forman parte esencial del proceso de descubrimiento.

En este contexto, la empatía se convierte en la herramienta más valiosa del docente mediador, quien no solo facilita el acceso a la información, sino que también ayuda a los estudiantes a darle sentido. Su labor va más allá de enseñar contenidos; implica comprender las emociones, motivaciones y realidades de cada aprendiz, conectando el conocimiento con sus experiencias, aspiraciones y necesidades individuales. Como señala Prieto (2003), el docente mediador acompaña, guía y desafía, sin imponer ni limitar, permitiendo que el estudiante descubra su propia voz en el aprendizaje.

Este modelo educativo promueve una enseñanza humanizadora, donde el saber no es un cúmulo de datos aislados, sino una construcción dinámica que cobra significado en la vida de quien aprende. De esta manera, el aula se transforma en un espacio donde la curiosidad es el motor del aprendizaje, donde cada estudiante encuentra sentido en lo que estudia y donde la educación deja de ser un acto mecánico para convertirse en un proceso de transformación personal y social. (Prieto, 2003)

Guevara, un educador que no se limita a ser un simple transmisor de conocimientos, sino un verdadero facilitador de pensamientos, una guía que invita a la reflexión. Así es el enfoque de Guevara, que se aleja de la enseñanza tradicional para abrazar un papel profundamente humano y cercano. Para él, el docente no es solo quien explica, sino quien abre las puertas del pensamiento y permite a los estudiantes descubrir el amplio mundo de las ideas por sí mismos. En este escenario, el educador tiene un papel fundamental: debe ser el que propicie el espacio para que el estudiante se convierta en

el protagonista de su propio aprendizaje. El verdadero poder de este enfoque radica en la autonomía que se le concede al estudiante, que ya no es un receptor pasivo, sino un actor activo que participa y crea, construyendo su conocimiento a través de preguntas y reflexiones. En sus palabras, el educador debe permitir que el alumno no solo se forme académicamente, sino que también crezca como persona crítica y reflexiva, capaz de cuestionar, de pensar y de transformar su realidad. (Guevara, 2015)

En un mundo donde la información está al alcance de un clic, la función del educador como mediador adquiere una nueva matiz. La tecnología, lejos de sustituir el papel del docente, amplía sus posibilidades. La mediación pedagógica en entornos virtuales implica diseñar estrategias que fomenten el pensamiento crítico, la interacción significativa y el aprendizaje colaborativo. (Prieto, 2003)

La esencia de la mediación pedagógica radica en su capacidad de transformar realidades. No se trata solo de transmitir conocimientos, sino de formar seres humanos críticos, reflexivos y empáticos, capaces de comprender el mundo en el que viven y de actuar sobre él. La educación, desde esta perspectiva, no es un simple proceso de instrucción, sino una herramienta poderosa de cambio social, un espacio donde se siembran las semillas del pensamiento autónomo y la conciencia colectiva. En un mundo marcado por desigualdades, la educación no puede limitarse a la sola adquisición de información; debe ser una herramienta de emancipación que permita a cada individuo descubrir su voz, su identidad y su capacidad de incidir en su entorno. Como sostiene Freire (1970), el acto de educar es, en sí mismo, un acto político, un camino hacia la liberación personal y comunitaria. No se trata solo de aprender a leer y escribir, sino de leer el mundo, de cuestionarlo, de imaginarlo distinto y de actuar para transformarlo.

El docente mediador, en este contexto, asume un papel fundamental. No es un simple transmisor de saberes, sino un facilitador del diálogo, un guía que acompaña a los estudiantes en la construcción de su pensamiento crítico. Su labor no se centra en imponer respuestas, sino en formular preguntas que despierten la curiosidad y el análisis. Fomenta un aprendizaje significativo, donde el conocimiento se conecta con las experiencias, los sueños y las aspiraciones de los estudiantes, permitiéndoles comprender que tienen el poder de generar cambios en su vida y en su comunidad.

Este enfoque de la educación humanizadora nos recuerda que cada aula puede ser un espacio de resistencia, de esperanza y de construcción de futuros más justos. Cuando la mediación pedagógica se ejerce con conciencia y compromiso, la enseñanza trasciende el aula, impactando no solo en la vida de los estudiantes, sino también en la sociedad en su conjunto. Educar, entonces, no es solo compartir información; es inspirar, movilizar y abrir caminos hacia la transformación. (Freire, 1970)

"La pedagogía no solo debe informar, sino también conmover, despertar en el estudiante la capacidad de maravillarse y cuestionar". Estas palabras encierran la esencia de una educación viva, capaz de tocar el corazón y la mente de quienes aprenden. La mediación pedagógica, entonces, no es solo un método didáctico ni una estrategia dentro del aula, sino una postura ética ante la enseñanza y la vida misma. Es un compromiso con el aprendizaje entendido como un acto de libertad, donde el conocimiento no se impone, sino que se descubre, se siente y se transforma en acción.

Desde la perspectiva de Hugo Assmann (2002), educar no es solo proporcionar datos y fórmulas, sino despertar la curiosidad, provocar el asombro y fomentar una actitud crítica frente a la realidad. Un aprendizaje que no emociona, que no toca las fibras más profundas del ser, corre el riesgo de convertirse en un ejercicio mecánico y carente de significado. Por ello, la mediación pedagógica busca humanizar la educación, reconociendo que todo conocimiento está ligado a la emoción, a la experiencia ya la construcción de sentido.

El docente mediador, en este marco, no es solo quien guía el proceso de enseñanza, sino quien inspira, quien ayuda a los estudiantes a encontrar conexiones entre lo que aprenden y su propia vida. No se trata únicamente de transmitir información, sino de abrir espacios donde el pensamiento crítico florezca, donde el error sea una oportunidad de crecimiento y donde cada pregunta sea el inicio de un camino de exploración.

Este enfoque educativo exige un profundo compromiso con la formación de seres humanos íntegros, capaces de comprender la complejidad del mundo y de actuar en él con responsabilidad y sensibilidad. La educación, cuando se vive como un acto de libertad y no de imposición, permite que cada estudiante descubra su potencial, se apropie del conocimiento y lo transforme en una herramienta para cambiar su realidad.

Así, la pedagogía se convierte en un acto de esperanza, en un puente hacia la construcción de una sociedad más justa, consciente y solidaria. (Assmann, 2002)

La enseñanza no debería ser un monólogo donde el docente habla y el estudiante solo escucha. Debería ser una conversación viva, donde ambos participan activamente en la construcción del conocimiento. La mediación pedagógica es ese puente que une al docente con el estudiante, permitiendo que el aprendizaje sea un proceso compartido en lugar de una simple transmisión de información. (Prieto, 2007)

En el área que manejo, el área médica, la enseñanza va mucho más allá de la simple transmisión de información técnica; implica la construcción de significado, la emoción y el aprendizaje a través de la interacción con otros (Creswell, 2014). La formación de profesionales de la salud no solo requiere el dominio de conocimientos científicos y habilidades clínicas, sino también el desarrollo de una sensibilidad humana que les permita comprender la dimensión ética, emocional y social del cuidado.

La medicina es, en esencia, una disciplina profundamente humana. Cada diagnóstico, cada tratamiento y cada decisión médica afecta vidas reales, por lo que la educación en este campo no puede reducirse a la memorización de datos y procedimientos. Es en la interacción con pacientes, colegas y mentores donde los futuros profesionales construyen una comprensión más profunda de su rol, desarrollan empatía y fortalecen su capacidad para tomar decisiones responsables y éticas. La mediación pedagógica en la educación médica juega un papel clave en este proceso. No se trata solo de enseñar anatomía, farmacología o fisiopatología, sino de formar médicos, enfermeros y otros profesionales de la salud que sepan escuchar, acompañar y comprender el sufrimiento humano. Un aprendizaje significativo en este ámbito debe integrar el conocimiento con la experiencia, permitiendo que los estudiantes se enfrenten a situaciones reales, reflexionen sobre sus acciones y comprendan el impacto de su trabajo en la vida de las personas. Así, la educación médica no es solo la adquisición de competencias técnicas, sino también el desarrollo de una conciencia crítica y ética. Es un proceso de formación integral donde la ciencia y la humanidad convergen, permitiendo que el futuro profesional no solo sepa curar, sino también cuidar, no solo diagnosticar, sino también acompañar, y no solo tratar enfermedades, sino atender a las personas en su totalidad. (Creswell, 2014)

Primera parte

La Enseñanza en la Universidad

Capítulo 1.

Como Fuimos educados

En una ciudad pintoresca llamada Cuenca, vivía una joven apasionada por la medicina llamada Andrea. Desde pequeña, Andrea soñaba con ser una doctora que pudiera hacer una diferencia en la vida de las personas. Con el tiempo y el nacimiento de su primer hijo, su amor por la medicina la llevó a interesarse particularmente en los niños.



"Un día, seré doctora," murmuraba para sí misma, mientras pasaba las páginas estudiando.

Andrea recordaba claramente el día en que todo cambió para ella. Estaba en su segundo año de la carrera de medicina cuando asistió a una conferencia sobre técnicas quirúrgicas mínimamente invasivas. La sala estaba llena de estudiantes y profesionales de la salud, todos ansiosos por aprender sobre las nuevas técnicas y procedimientos que prometían revolucionar la cirugía.

El conferencista, un Cirujano Pediátrico de renombre llamado Cesar hablaba acerca de los beneficios de estas técnicas. Explicó cómo las cirugías laparoscópicas, realizadas a través de pequeñas incisiones, podían reducir significativamente el trauma en los tejidos, acelerar la recuperación del paciente y minimizar el riesgo de infecciones postoperatorias. Andrea estaba fascinada; las palabras de Cesar, despertando en ella una pasión que no sabía que tenía. No mucho después de la conferencia, Andrea tuvo la oportunidad de iniciar la especialidad en Cirugía infantil. Durante sus prácticas clínicas, fue asignada al equipo del Dr. Andrés. Un día, llegó al hospital un pequeño paciente llamado Benjamín, un niño de tres años con una anomalía congénita que

requería cirugía, Benjamín, tocó el fondo de su ser pues Andrea tenía un hijo de la misma edad llamado así. La madre de Benjamín estaba muy preocupada, pero el Dr. Andrés la tranquilizó explicándole cómo la cirugía laparoscópica sería menos invasiva y permitiría una recuperación más rápida de su pequeño.

Andrea observó cada paso con atención mientras el Dr. Andrés y su equipo preparaban a Benjamín para la operación. Con asombrosa precisión y destreza, el Dr. Andrés hizo pequeñas incisiones en el abdomen del niño y, utilizando una cámara de alta definición y herramientas quirúrgicas especializadas, corrigió la anomalía. Andrea estaba maravillada por la tecnología y la habilidad del equipo.

La cirugía fue un éxito y Benjamín se recuperó rápidamente. Solo unos días después, ya estaba corriendo por los pasillos del hospital, riendo y jugando como cualquier niño de su edad. La madre de Benjamín estaba agradecida y no podía dejar de elogiar al Dr. Y a su equipo por el excelente cuidado que habían brindado.

Esa experiencia educativa dejó una marca en Andrea quien decidió que quería especializarse en cirugía mínimamente invasiva y convertirse en una experta, sabía que esto no solo requeriría habilidad y precisión, sino también un compromiso constante con el aprendizaje y la actualización de sus conocimientos.

Andrea continuó sus estudios con dedicación. Asistió a más congresos, leyó innumerables estudios y se entrenó incansablemente para perfeccionar sus habilidades. En un giro del destino, Andrea se encontró un día dando una conferencia en la misma sala donde había escuchado al Dr. Andrés por primera vez. Habló con pasión sobre los beneficios de las técnicas mínimamente invasivas y cómo habían transformado la vida de muchos niños, incluido el pequeño Benjamín. Al final de su charla, un joven estudiante se acercó y le dijo: "Dra. Andrea, quiero ser como usted algún día".

Andrea sonrió, recordando su propio viaje. Sabía que el futuro de la medicina estaba en buenas manos. Con humildad y gratitud, continuó su labor, decidida a seguir haciendo una diferencia en la vida de los niños y a inspirar a la próxima generación de médicos. Y así, en la ciudad de Cuenca, la historia de Andrea se convirtió en un ejemplo de dedicación, aprendizaje y amor por la medicina, demostrando que, con pasión y perseverancia, se pueden lograr grandes cosas y hacer del mundo un lugar mejor para los más pequeños.

Capítulo 2.

Mediar con la Cultura

El Viaje de Andrea: El Arte de Enseñar con el Corazón

Andrea medica de profesión, había dedicado su vida a salvar a los más pequeños, operando con precisión y cuidado para asegurar que cada uno saliera del quirófano sano y salvo. Pero un día, ella se dio cuenta de que su misión no podía terminar ahí. Sabía que tenía que transmitir todo lo que había aprendido a las futuras generaciones, para que ellas también pudieran salvar vidas. Sin embargo, ella se encontraba con un desafío: aunque era una experta en cirugía, no sabía cómo enseñar correctamente estas técnicas avanzadas.

Decidida a superar este reto, decidió estudiar para convertirse en una mejor educadora. Ingresó a la Universidad del Azuay, donde comenzó un posgrado en Docencia Universitaria. En su primer día, Andrea conoció a Verónica, una apasionada profesora de literatura, y a Carlos, un maestro de ciencias con un gran interés en la tecnología médica. A pesar de venir de diferentes campos laborales, los tres formaron un equipo diverso y complementario, unido por un objetivo común: transformar la manera en que enseñaban.

Un día, Carlos convocó a sus compañeros con una idea especial en mente, dijo: "Hoy iniciamos una travesía que transformará la forma en que enseñamos y aprendemos todo sobre la enseñanza". Quiero empezar con una metáfora sobre el 'Arte del Cirujano Invisible'. Imaginen a un artista que pinta con tal precisión que no deja rastro visible. Así es el cirujano que, con delicadeza, cura desde el interior sin dejar huellas."

Verónica, que siempre encontraba belleza en las palabras, recitó con emoción: "Como un artista que pinta con precisión, sin dejar rastro visible, así es el cirujano que con delicadeza cura desde el interior, sin huellas dejar..."

Carlos sonrió, intrigado. "¿Qué significa esta metáfora para nosotros?" preguntó, sabiendo que la respuesta sería profunda.

"Esta metáfora," continuó Carlos, "representa a la esencia de las técnicas mínimamente invasivas: precisión, delicadeza y un impacto mínimo en el paciente. Pero también es una lección sobre cómo debemos enseñar. La mediación pedagógica en la cirugía no solo se trata de transferir conocimientos técnicos. Se trata de

sensibilizar a los estudiantes, conectar el aprendizaje con sus experiencias y emociones, y hacer que la enseñanza sea tan precisa como nuestras técnicas."

Esa tarde, mientras caminaban por los verdes senderos del campus, Carlos y Verónica siguieron discutiendo los elementos básicos de la mediación pedagógica en cirugía. Verónica, pensativa, recordó sus días en Guatemala. "Trabajábamos a distancia, pero logramos tocar el corazón de nuestros estudiantes y enseñarles técnicas avanzadas," dijo con una sonrisa nostálgica.

Carlos asintió, recordando esos tiempos. "Exacto, Verónica. Esa fue la semilla de lo que hoy entendemos como mediación pedagógica en cirugía. En lugar de una educación fría y distante, proponemos una educación basada en la comunicación y la empatía, incluso en el quirófano. Andrea, que había estado escuchando atentamente, se unió a la conversación. "¿Cómo podemos aplicar esto aquí, en Ecuador?" preguntó, curiosa y deseosa de aprender.

Carlos sonrió. "Empecemos por conocer a nuestros estudiantes," sugirió. "Entendamos su entorno y cultura médica. Luego, transformemos la información técnica en relatos y metáforas que ellos puedan relacionar con sus propias vidas."

El equipo sabía que estaban en el camino correcto. Pero, ¿cómo hacer que este enfoque funcionara en la práctica diaria? Andrea propuso una idea. "La simulación y la tecnología pueden ser herramientas poderosas para esto," dijo. "Permiten que los estudiantes practiquen y perfeccionen sus técnicas sin riesgo para los pacientes."

Así, decidieron incorporar simulaciones en sus clases. Los estudiantes pudieron practicar procedimientos complicados una y otra vez, sin miedo a cometer errores irreparables. A medida que ganaban confianza, también empezaban a entender la importancia de la precisión y la empatía en cada movimiento.

En una de sus clases, Verónica decidió mostrar cómo promocionar y acompañar el aprendizaje en cirugía. "La promoción se trata de motivarlos, de interesarlos en el conocimiento," explicó a sus estudiantes. "Pero el acompañamiento es igual de importante. Estar con ustedes, apoyarlos en cada paso del camino, especialmente durante sus primeras cirugías, es fundamental."

Uno de los estudiantes levantó la mano, un poco dudoso. "Pero, profesora," preguntó, "¿cómo logramos eso con tantos estudiantes?"

Verónica, siempre comprensiva, respondió: "Personalizando la educación tanto como podamos. Fomentando el diálogo y la interacción. La educación en cirugía no es solo transferir conocimientos técnicos; es un acto humanizado, porque tratamos con vidas."

Al llegar el final del semestre, el equipo docente se reunió una vez más, reflexionando sobre lo que habían logrado. Verónica, emocionada, dijo: "Hemos construido algo hermoso. Nuestros estudiantes no solo han aprendido técnicas avanzadas, han crecido como profesionales y como personas."

Carlos, con una sonrisa de satisfacción, añadió: "El interaprendizaje ha sido fundamental. Hemos aprendido tanto de ellos como ellos de nosotros. Recordemos siempre creer en nuestros estudiantes, en su capacidad de aprender y crecer. La mediación pedagógica en cirugía no es solo una metodología, es parte de su vida."



En cada cirugía, una oportunidad para aprender y enseñar.

Y así, el equipo de la Universidad del Azuay continuó su labor, transformando la educación con cada paso, con cada simulación, y con cada corazón reflexionado hacia la enseñanza humanizada. Y, de esta manera, Andrea encontró su verdadera vocación: no solo como cirujana, sino como una maestra que dejaba una huella invisible, pero imborrable, en cada uno de sus estudiantes, respetando sus creencias, recordando que cada persona es un mundo diferente.

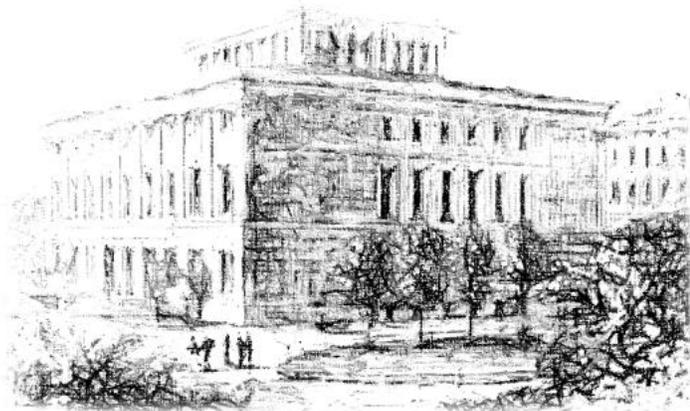
Capítulo 3

Volver la mirada al Curriculum

El Viaje de Tres Profesores y un Nuevo Curriculum

En esta prestigiosa universidad, tres profesores dedicados y llenos de pasión se reunieron en una sala de reuniones iluminada por la luz del sol. Carlos, Verónica y Daniel estaban allí para discutir algo fundamental: el futuro del currículum universitario. Afuera, el sol brillaba intensamente, como si el universo mismo estuviera prestando atención a la conversación que cambiaría el rumbo de la educación.

Carlos, un profesor de ciencias siempre en busca de innovación, rompió el silencio con una pregunta que rondaba su mente: "¿Cómo podemos asegurarnos de que nuestros graduados sean adaptables y competentes en distintos ámbitos?"



Una **mirada al currículo universitario** muestra a un estudiante en el campus, reflexionando sobre su aprendizaje y futuro profesional.

Verónica, una profesora de literatura conocida por su entusiasmo por la docencia, respondió con una chispa en los ojos: "Debemos centrarnos en desarrollar habilidades prácticas que preparen a nuestros estudiantes para el mundo laboral cambiante. Por ejemplo, en la cirugía pediátrica, las técnicas mínimamente invasivas están revolucionando el campo. Nuestros estudiantes deben estar preparados para enfrentar estos cambios."

Daniel, un profesor de medicina con un profundo interés en la formación de líderes, asintió y añadió: "Y necesitamos cursos que promuevan el liderazgo y la capacidad de

resolver problemas complejos. Imagina a un médico pediátrico capaz de liderar un equipo durante una cirugía crítica. Eso marcaría una gran diferencia."

Carlos, inspirado por las ideas de sus compañeros, propuso algo aún más arriesgado: "Deberíamos superar los límites típicos. Integremos conocimientos de diferentes disciplinas para ofrecer a nuestros estudiantes una comprensión general. En cirugía pediátrica, por ejemplo, podríamos combinar la medicina con la ingeniería para diseñar herramientas quirúrgicas más eficaces."

Verónica, siempre visionaria, continuó: "Además, podríamos introducir módulos interdisciplinarios que integren problemas complejos desde distintos puntos de vista. Imagina a estudiantes de medicina colaborando con ingenieros para crear técnicas quirúrgicas menos invasivas. Sería un avance significativo."

Carlos, sintiendo la energía positiva en la sala, añadió con entusiasmo: "También necesitamos cursos que fomenten la colaboración y el trabajo en equipo. En un quirófano, la comunicación y la cooperación son esenciales. No podemos subestimar el poder de un equipo bien coordinado."

Mientras la conversación continuaba, Carlos planteó una pregunta clave: "Sabemos lo que necesitamos, pero ¿cómo implementamos esto de manera efectiva? Necesitamos adaptarnos a los avances científicos y tecnológicos."

Verónica, dijo: "Involucremos a los docentes en cada paso del camino. Su apoyo es crucial para el éxito de cualquier cambio curricular. Los cirujanos experimentados, por ejemplo, podrían enseñar a los estudiantes las últimas técnicas en cirugía infantil."

Daniel, agregó: "Y nunca dejemos de investigar y debatir. La educación no debe estancarse. La medicina está en constante evolución, y nuestro currículum debe reflejar esa realidad cambiante."

Carlos, reflexionando sobre todo lo discutido, concluyó: "Hemos trazado un camino hacia el futuro. Ahora depende de nosotros guiar a nuestros estudiantes hacia un mundo lleno de posibilidades."

Verónica, agregó: "Estamos listos para el desafío. Juntos, podemos marcar una diferencia real en la educación."

Daniel, asintió: "Que este nuevo currículum no solo forme profesionales competentes, sino también excelentes personas."

Con esas palabras, los tres profesores se despidieron, sabiendo que habían dado los primeros pasos en un viaje que transformaría no solo la universidad, sino también las vidas de todos los estudiantes que cruzaran sus puertas.

Mientras tanto, en el hospital universitario, el Dr. Abad, un pionero en técnicas mínimamente invasivas en cirugía pediátrica, se preparaba para una clase especial. Con su equipo de última generación, estaba listo para mostrar a los estudiantes cómo una pequeña incisión podía hacer una gran diferencia en la vida de un niño.

El Dr. Abad, con su voz serena pero llena de autoridad, explicó a sus estudiantes: "Las técnicas mínimamente invasivas reducen el tiempo de recuperación y el riesgo de complicaciones. Estamos en la cúspide de una nueva era en la cirugía pediátrica."

Los estudiantes, inspirados por la visión de sus profesores sobre un currículum innovador, vieron en el Dr. Abad un ejemplo vivo de lo que Carlos, Verónica y Daniel habían discutido. La combinación de habilidades prácticas, colaboración interdisciplinaria y una constante actualización eran palpables en cada movimiento del doctor.

Esa noche, cuando los estudiantes salieron del hospital, se sentían más preparados que nunca para enfrentar los desafíos del mundo real. Sabían que su educación, cuidadosamente diseñada por sus dedicados profesores, les estaba equipando con las habilidades y conocimientos necesarios para ser no solo excelentes profesionales, sino también seres humanos íntegros.

Y así, con cada paso que daban, Carlos, Verónica y Daniel guiaban a sus estudiantes hacia un futuro lleno de posibilidades, transformando la universidad y las vidas de todos aquellos que pasaban por sus puertas. Con cada día que pasaba, estaban construyendo un legado que perduraría en las generaciones futuras, uniendo el conocimiento con el corazón en la compleja idea de educar.

Capítulo 4.

En torno a nuestras casas de estudio.

En el bullicioso hospital Universitario, las mañanas siempre comenzaban con un ritmo acelerado. Andrea, una joven residente en Cirugía Pediátrica, admiraba desde lejos al Dr. Abad, un cirujano conocido por su destreza en técnicas quirúrgicas mínimamente invasivas. Era un maestro en el arte de sanar.

Un día, Andrea tuvo la oportunidad de acompañar al Dr. Abad en una de sus jornadas quirúrgicas. Mientras observaba con atención cómo manejaba los instrumentos con delicadeza y eficacia, no pudo contener su admiración.

—Doctor, ¿qué es lo que más valora en nuestro trabajo aquí? —preguntó Andrea, con genuina curiosidad.

El Dr. Abad, sin apartar la mirada del campo quirúrgico, respondió con serenidad.

—Para mí, Andrea, nuestra labor no se limita a tratar a nuestros pequeños pacientes. Es también formar mentes capaces de aplicar el conocimiento de manera crítica y práctica. Las técnicas mínimamente invasivas no solo son herramientas quirúrgicas avanzadas; representan nuestro compromiso con la verdad y la autonomía, tal como nos enseña la Universidad.

Andrea recordó las lecturas recientes sobre la universidad como un faro de autonomía y búsqueda de la verdad. Aquellas palabras resonaron en su mente mientras observaba cómo el doctor trabajaba con precisión.



Creo que **la universidad es un espacio donde surgen ideas**, se fomentan debates y se estimula la creatividad, enriqueciendo la experiencia académica de los estudiantes.

—Creo que la universidad y este hospital son espacios donde las ideas surgen y el pensamiento crítico inicia —murmuró Andrea para sí misma.

El Dr. Abad, percibiendo la reflexión de su joven aprendiz, continuó explicando cómo cada avance en las técnicas quirúrgicas tenía el potencial de influir en la práctica médica a nivel global.

—Cada pequeño paso que damos aquí nos acerca más a mejorar la salud de nuestros pequeños pacientes en todo el mundo —concluyó el doctor con convicción.

Andrea, al contemplar el impacto directo de estas palabras en la sala de operaciones, sintió una profunda inspiración. Más allá de las paredes del hospital, veo un futuro donde la combinación de conocimiento, ética y práctica médica podrían transformar la vida de muchos niños.

En ese hospital, donde la excelencia y la innovación se entrelazaban con la búsqueda de la verdad y la autonomía, Andrea encontró no solo un camino hacia la Especialidad en cirugía mínimamente invasiva, sino también un compromiso duradero con la noble misión de sanar y enseñar.

Los días pasaron y Andrea continuó su formación bajo la tutela del Dr. Abad. Aprendió a dominar las técnicas mínimamente invasivas, entendiendo que cada incisión pequeña significaba menos dolor y una recuperación más rápida para sus pequeños pacientes. Cada Cirugía era una lección, no solo en técnica, sino en humanidad y compasión.

Una tarde, mientras realizaban una cirugía complicada, el Dr. Abad hizo una pausa y miró a Andrea.

—Andrea, ¿sabes cuál es la verdadera esencia de nuestro trabajo? —preguntó.

Andrea, sorprendida por la pregunta, reflexionó por un momento.

—Creo que es nuestro compromiso con la salud y el bienestar de nuestros pacientes, y la dedicación a seguir aprendiendo y mejorando —respondió.

El Dr. Abad sonrió y asintió.

—Exactamente. Y recuerda, cada técnica que aprendemos y cada paciente que tratamos es una oportunidad para hacer una diferencia. No olvides nunca el impacto que puedes tener en sus vidas.

Andrea, conmovida por las palabras del doctor, sintió una renovada determinación. Sabía que su camino en la medicina apenas comenzaba, pero también sabía que estaba en el lugar correcto, aprendiendo de los mejores.

Con el tiempo, Andrea se convirtió en una Cirujana Pediátrica reconocida, siguiendo los pasos de su tutor. Aplicaba las técnicas mínimamente invasivas con la misma destreza y cuidado que había aprendido del Dr. Abad. Pero más allá de sus habilidades quirúrgicas, llevaba consigo los valores de autonomía, verdad y ética que había cultivado en el hospital.

Cada vez que entraba en una sala de operaciones, recordaba las palabras de su mentor y se comprometía a formar a la próxima generación de médicos con el mismo esmero. Andrea sabía que el verdadero legado de un médico no solo se medía en las vidas que salvaba, sino en las mentes que inspiraba y formaba para el futuro.

Así, en el bullicioso hospital, donde la excelencia y la innovación se entrelazaban con la búsqueda de la verdad y la autonomía, la promesa de Andrea de sanar y enseñar perduraba, guiando a una nueva generación de cirujanos a transformar el mundo, un pequeño paciente a la vez

Capítulo 5

En torno a los educar para.

En el corazón la Ciudad Cuencana, se encontraba un hospital de renombre, conocido por su excelencia en el cuidado pediátrico. Dentro de sus paredes, el Dr. Abad era una figura reverenciada, no solo por su habilidad en la cirugía infantil mínimamente invasiva, sino también por su profunda pasión por educar a la próxima generación de médicos. Su consultorio, siempre ordenado y lleno de vida, reflejaba la dedicación que el Dr. Abad tenía hacia su labor y sus estudiantes.

Una mañana soleada, el Dr. Abad convocó a Andrea, una residente con ansias de conocimiento. Andrea había llegado al hospital llena de entusiasmo y ambición, deseosa por aprender todo lo posible bajo la tutela de uno de los mejores cirujanos del mundo. Su pasión por la Cirugía Pediátrica era evidente, y el Dr. Abad había visto en ella una chispa de potencial que deseaba nutrir.

La oficina del Dr. Abad, un lugar tranquilo y acogedor, estaba decorada con diplomas, fotos de conferencias internacionales y recuerdos de sus años de enseñanza. Andrea entró con una mezcla de emoción y nerviosismo. El Dr. Abad la saludó con una cálida sonrisa y la invitó a tomar asiento frente a su escritorio, que estaba adornado con modelos anatómicos y gráficos de técnicas quirúrgicas.

Andrea, —comenzó el Dr. Abad con su voz profunda y resonante—, hoy quiero hablar contigo sobre lo que define nuestro trabajo aquí en el hospital. No solo se trata de realizar procedimientos con habilidad, sino de algo mucho más profundo.

Andrea, con la mente abierta y lista para aprender, respondió: —Creo que nuestro trabajo va más allá de simplemente curar a los pacientes. Se trata de formar mentes capaces de aplicar el conocimiento de manera crítica y práctica, integrando teoría y experiencia para lograr un impacto real en la vida de los pacientes.

El Dr. Abad asintió, claramente satisfecho con la respuesta de Andrea. —Exactamente. Las técnicas mínimamente invasivas que empleamos permiten tratar a nuestros pacientes con una precisión sin límites y menos invasión, lo que honra nuestro compromiso con la verdad y la autonomía. Sin embargo, la verdadera esencia de nuestro trabajo radica en cómo utilizamos estas técnicas para mejorar vidas de manera significativa.

Para ilustrar su punto, el Dr. Abad encendió una pantalla grande en su oficina, donde comenzaron a mostrarse imágenes detalladas de procedimientos quirúrgicos. Cada imagen revelaba la precisión y el cuidado necesarios en las técnicas mínimamente invasivas, desde pequeñas incisiones hasta el uso de cámaras laparoscópicas avanzadas.

—Estas técnicas —explicó el Dr. Abad— no solo reducen el trauma en los pacientes, permitiendo una recuperación más rápida y menos dolorosa, sino que también nos exigen ser precisos y reflexivos en cada paso. En esta profesión, la habilidad técnica debe ir de la mano con el pensamiento crítico y la compasión.



Pasión por la Educación

A medida que Andrea observaba las imágenes, el Dr. Abad continuó: —Educar para la incertidumbre significa estar preparados para lo inesperado. Cada paciente es único, y debemos ser flexibles y adaptativos en nuestro enfoque. No podemos simplemente seguir un protocolo al pie de la letra; debemos ser capaces de ajustar nuestras técnicas y decisiones a las circunstancias únicas de cada caso.

Andrea asintió, comprendiendo la profundidad de las palabras del Dr. Abad. —Entiendo. Debemos estar preparados para enfrentar cualquier desafío y adaptar nuestras habilidades a las necesidades individuales de cada paciente.

El Dr. Abad sonrió y dijo: —Exactamente. Educar para la significación implica conectar lo que aprendemos aquí con el impacto real en la vida de nuestros pacientes. Cada técnica que dominamos, cada procedimiento que perfeccionamos, debe tener un propósito claro y tangible. No estamos aquí solo para acumular conocimientos teóricos;

estamos aquí para mejorar vidas. Cada decisión que tomamos, cada corte que hacemos, tiene repercusiones directas en el bienestar de un ser humano. Es nuestro deber asegurarnos de que nuestro aprendizaje se traduzca en una atención de calidad. Andrea, inspirada por la visión del Dr. Abad, reflexionó sobre sus palabras mientras observaba las imágenes de una cirugía reciente. —La precisión y el cuidado en cada movimiento no solo sanan cuerpos, sino que también reflejan nuestro compromiso con la verdad y la humanidad.

—Así es, Andrea. Cada pequeño avance en estas técnicas puede cambiar el curso de la medicina pediátrica en todo el mundo. Es nuestro deber no solo dominar estas técnicas, sino también enseñar a los próximos médicos a cuestionar, reflexionar y adaptarse constantemente.

El Dr. Abad y Andrea estaban a punto de enfrentar un desafío significativo. Se preparaban para una cirugía pediátrica compleja que utilizaría técnicas mínimamente invasivas para garantizar una recuperación más rápida y menos dolorosa para el pequeño paciente. Andrea, con su determinación y preparación, estaba lista para demostrar todo lo que había aprendido.

En el día de la cirugía, el hospital estaba lleno de actividad. Los pasillos resonaban con el murmullo de estudiantes y médicos en formación, mientras el Dr. Abad y Andrea se preparaban para su intervención. En el quirófano, el ambiente era tranquilo pero cargado de expectativa. El Dr. Abad, ajustando su máscara quirúrgica, miró a Andrea y le preguntó:

—¿Estás lista, Andrea?

Andrea, con los ojos llenos de determinación, respondió: —Sí, doctor. Estoy lista.

Durante la operación, el Dr. Abad explicó cada paso con paciencia y precisión. Utilizaron pequeñas incisiones y avanzadas cámaras laparoscópicas para navegar por el interior del cuerpo del pequeño paciente. Cada movimiento estaba calculado para minimizar el trauma y acelerar la recuperación. El Dr. Abad enfatizó la importancia de la precisión y la reflexión en cada decisión tomada.

—Recuerda, Andrea, —dijo el Dr. Abad— cada movimiento debe ser calculado y cada decisión, reflexionada. En esta profesión, la habilidad técnica debe ir de la mano con el pensamiento crítico y la compasión.

Andrea, atenta a cada detalle, observaba las lecciones del Dr. Abad con gran atención. Al finalizar la operación, ambos observaron con satisfacción los signos vitales estables

del paciente. El pequeño había pasado por la cirugía con éxito y estaba en camino hacia una recuperación rápida.

—Hemos hecho un buen trabajo hoy, Andrea —dijo el Dr. Abad, mirando a su residente con orgullo—. Este es solo el comienzo de lo que puedes lograr con dedicación y constante aprendizaje.

A medida que avanzaba su formación, Andrea continuó perfeccionando sus habilidades en técnicas mínimamente invasivas. Bajo la guía y la mentoría del Dr. Abad, aprendió a enfrentar la incertidumbre con confianza y a buscar siempre la mejor solución para sus pacientes. Se dio cuenta de que, más allá de las técnicas, el verdadero arte de la cirugía pediátrica residía en el compromiso con la verdad, la autonomía y la constante innovación.

Así, en ese hospital, la búsqueda de la verdad y la aplicación práctica del conocimiento se fundían con las técnicas quirúrgicas mínimamente invasivas, escribiendo un nuevo capítulo en la historia de la cirugía pediátrica y en la formación de los médicos del mañana. Andrea, inspirada por la visión del Dr. Abad, se comprometió a seguir desafiando las fronteras de la medicina, siempre en beneficio de sus pequeños pacientes.

Con el tiempo, Andrea se convirtió en una gran profesional, conocida no solo por su habilidad técnica, sino también por su dedicación a la enseñanza y su compromiso con la humanidad. El legado del Dr. Abad perduró a través de ella, en cada paciente que trató y en cada mente joven que inspiró. En el hospital, su nombre se asoció con la excelencia y la compasión, y su influencia continuó moldeando el futuro de la cirugía pediátrica durante muchos años.

Capítulo 6.

La vivencia de las instancias del aprendizaje.

Aventura de Verónica y la Magia de la Cirugía Mínimamente Invasiva

En la gran ciudad, Verónica era conocida por su risa contagiosa y su amor por el fútbol. Desde que tenía memoria, pasaba horas corriendo por el parque con sus amigos, donde los goles y las carcajadas resonaban como música en el aire. Tenía una energía inagotable, siempre dispuesta a jugar, explorar y disfrutar de cada momento. Sin embargo, un día, mientras jugaba su partido favorito, sintió un dolor extraño en su abdomen que la detuvo en seco. Era un dolor intenso, como si su cuerpo estuviera tratando de decirle que algo no estaba bien.

Su madre, Laura, notó la preocupación en el rostro de su hija, que antes brillaba de alegría. Al ver a Verónica con lágrimas en los ojos, la ansiedad la invadió. Sin pensarlo dos veces, la llevó al hospital, deseando que solo fuera un mal día y que pronto volverían a casa.

Al llegar al hospital, la recibieron en la entrada. Verónica se sentía pequeña y vulnerable en ese ambiente frío y blanco, rodeada de luces brillantes y sonidos extraños. La preocupación de su madre era palpable. Laura intentaba mantener la calma, pero en el fondo, su mente estaba llena de preguntas.

Fue entonces cuando conocieron al Dr. Abad, un cirujano pediátrico de voz suave y una sonrisa cálida que iluminó la habitación. Con años de experiencia, el Dr. Abad no solo era conocido por su destreza en el quirófano, sino también por su habilidad para hablar con los niños y sus familias. Con un tono tranquilizador, les explicó que Verónica tenía una hernia inguinal y que necesitaba una cirugía para corregirla.

Laura sintió un nudo en el estómago, mezclando alivio por tener una respuesta y preocupación por la palabra "cirugía." Nunca había oído hablar de una hernia ni de lo que implicaba operarse. Sin embargo, la curiosidad de Verónica brillaba, y su pequeña mano se apretó suavemente en la de su madre.

El Dr. Abad, al notar la ansiedad de Laura y la inquietud de Verónica, decidió ayudarles a comprender mejor todo el proceso. Con un rotulador, comenzó a dibujar en una pizarra blanca, esbozando una figura que mostraba cómo se realizaría la cirugía.

—Verán —comenzó, mientras trazaba líneas y círculos—, vamos a hacer una cirugía usando un método llamado laparoscópica. En lugar de hacer una gran incisión, haremos solo pequeñas incisiones y utilizaremos una cámara muy pequeña con

herramientas especiales. Esto tiene muchas ventajas: menos dolor después de la cirugía y una recuperación más rápida.

Verónica miraba atentamente, y poco a poco, la angustia se transformaba en una chispa de esperanza. Laura, aunque seguía nerviosa, comenzó a sentir que tal vez todo iba a estar bien. El Dr. Abad continuó explicando, como si estuviera construyendo un puente de conocimiento entre ellos.

—¿Eso significa que podré volver a jugar fútbol más rápido? —preguntó Verónica, sus ojos brillando de curiosidad.

—¡Exactamente, Verónica! —respondió el Dr. Abad con entusiasmo—. Además, tendrás cicatrices más pequeñas y menos visibles.

Las palabras del doctor calmaban la tormenta en el corazón de Laura. Ella había creído que las cirugías eran procesos aterradores, pero el enfoque del Dr. Abad, lleno de empatía y claridad, ayudó a disipar sus temores.

A continuación, el Dr. Abad presentó a la enfermera Karina, una mujer amable con una sonrisa reconfortante. Karina se agachó a la altura de Verónica y, con dulzura, le explicó el proceso de recuperación, dándole confianza en que no estaría sola. La enfermera era como una amiga, lista para apoyarla.

—Verónica, estás en muy buenas manos. Todo saldrá bien —dijo Karina, tocándole suavemente el hombro antes de llevarla a la sala de operaciones.

Laura, aunque nerviosa, le dio un beso en la frente a Verónica, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza.

—Recuerda que te amo, y todo va a salir bien —le susurró, llenándola de amor y aliento.

Mientras Verónica se alejaba, miró hacia atrás y vio a su madre con una expresión de apoyo y amor. A pesar del miedo, se sintió un poco más valiente.

En la sala de operaciones, la atmósfera era intensa pero llena de energía positiva. El Dr. Abad y su equipo se movían como una orquesta, cada uno desempeñando su papel con precisión y cuidado. La enfermera Karina pasaba los instrumentos, el anestesista monitoreaba los signos vitales, y los asistentes se aseguraban de que todo estuviera en orden. Era un ejemplo palpable de cómo el trabajo en equipo podía lograr resultados extraordinarios.

La cirugía fue como un ballet de movimientos coordinados, donde cada gesto contaba. Con cada pequeño paso, el equipo mostraba su dedicación y compromiso por el

bienestar de Verónica. Había una conexión palpable en la sala, un sentido de camaradería que aliviaba las tensiones.

Después de unas horas que parecieron eternas, el Dr. Abad salió a la sala de espera con una sonrisa brillante, y Laura sintió una mezcla de ansiedad y esperanza.

—Laura, la cirugía fue un éxito. Verónica está en recuperación ahora y todo salió como esperábamos.

Una oleada de alivio recorrió a Laura, y las lágrimas de felicidad brotaron de sus ojos. Pronto fue llevada a la sala de recuperación, donde encontró a Verónica despierta, un poco aturdida pero sonriendo.

—¿Mamá, ya terminó? —preguntó con voz suave y soñolienta.

—Sí, cariño. Todo salió bien. Pronto podrás volver a jugar fútbol —respondió Laura, sosteniendo la mano de su hija con ternura.

El Dr. Abad se acercó y dijo con voz cálida:

—Verónica, has sido muy valiente. Ahora descansa y recupérate. Pronto estarás de vuelta en el campo, más fuerte que nunca.



Verónica, tras su exitosa cirugía, sonríe junto a su madre y el equipo médico, aprendiendo que **el trabajo en equipo y la confianza vencen cualquier miedo**.

Los días siguientes fueron un viaje de recuperación. Sorprendentemente, Verónica se recuperó con rapidez. La cirugía laparoscópica, con sus pequeñas incisiones y su enfoque menos invasivo, permitió que sintiera menos dolor. Cada día, las risas de su madre llenaban la habitación, y juntas veían dibujos animados mientras Verónica se recuperaba.

Laura no podía evitar sentir una profunda gratitud hacia el Dr. Abad y su equipo. No solo les habían devuelto a su pequeña sanita, sino que también les habían enseñado sobre la importancia de la empatía, la colaboración y la atención cuidadosa.

Finalmente, el día llegó cuando Verónica pudo salir al parque una vez más. Con una pelota de fútbol en la mano y una sonrisa brillante, corrió hacia sus amigos. Había superado un gran desafío gracias a la magia de la cirugía mínimamente invasiva y el cuidado del equipo médico.

La pequeña heroína del vecindario había regresado, lista para enfrentar nuevas aventuras. En el parque, el balón de fútbol rodaba y Verónica corría tras él, riendo con sus amigos, sabiendo que su valentía y el trabajo en equipo la habían llevado de regreso a donde pertenecía.

Y así, en cada golpe de balón y en cada risa, el valor del trabajo en equipo y la empatía florecieron en la ciudad, recordando a todos que juntos podían superar cualquier obstáculo.

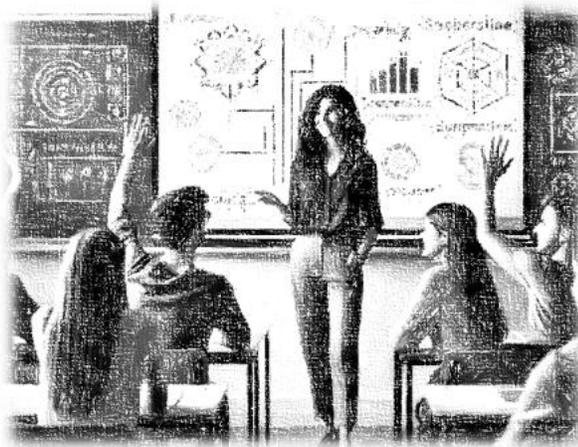
Capítulo 7.

Tratamiento del contenido

Verónica como docente

Verónica entró al aula con una energía calmada pero llena de entusiasmo contagioso. En su mente, llevaba muy claro el propósito de la clase de hoy: demostrar la importancia de la mediación pedagógica y cómo esta se puede aplicar de manera efectiva en la enseñanza universitaria. Para ella, no era solo un concepto teórico, sino una herramienta esencial para formar a los futuros docentes que ahora la observaban atentamente.

Frente a Verónica, en semicírculo, estaban sus siete estudiantes: Jaime, Diana, Paula, Luis, Osvaldo, Lali y Andrea. Los conocía bien. Había visto cómo cada uno de ellos había ido desarrollando poco a poco sus habilidades como futuros docentes, pero también sabía que este tema en particular podía marcar un antes y un después en sus trayectorias. Las miradas curiosas y expectantes de sus estudiantes confirmaban lo que ella ya intuía: estaban listos para absorber algo que podría cambiar no solo su forma de enseñar, sino su forma de entender la educación.



Verónica enseña que dar clases efectivas es un arte; su propia experiencia en el aula muestra la importancia de la mediación pedagógica y la conexión con los alumnos. Verónica sabía que enseñar no se trataba solo de transmitir conocimiento. Para ella, ser un buen docente implicaba algo más profundo: una verdadera dedicación al

proceso de aprendizaje de sus alumnos, un compromiso que iba más allá de las cuatro paredes del aula.

Estrategias de Entrada

Decidió empezar la clase con una pregunta simple pero reveladora: "¿Qué creen que hace a un buen docente universitario?" La pregunta flotó en el aire por un momento antes de que Jaime, siempre rápido en participar, alzara la mano: "Saber mucho de su materia." Diana, que rara vez se quedaba atrás, añadió: "Y que sepa explicarlo bien." Verónica asintió lentamente, pero en su interior sabía que sus respuestas, aunque acertadas, solo rasgaban la superficie de un tema mucho más complejo.

Entonces, les lanzó una nueva pregunta, esta vez para profundizar más: "Pero, ¿y qué sucede cuando el alumno no está motivado? ¿O cuando no entiende? ¿Es suficiente con solo dominar el contenido?" Los observó con atención, buscando en sus ojos la chispa de la reflexión. Diana frunció el ceño, pensando en ello, mientras Paula, siempre sensible a las ideas de los demás, comenzó a asentir lentamente.

Verónica vio cómo sus palabras comenzaban a calar. Estaban entrando en una conversación más profunda, una que iba más allá del simple acto de enseñar. Con suavidad, pero con firmeza, comenzó a explicar: "Aquí es donde entra la mediación pedagógica. No es solo enseñar, es asegurarse de que el estudiante esté involucrado en su propio proceso de aprendizaje. Que sienta que el conocimiento le pertenece, que él mismo lo construye." Fue en ese momento cuando los ojos de Luis, hasta ahora pensativo, se iluminaron. Parecía que de repente todo había cobrado sentido para él.

Verónica sabía que había sembrado la semilla de algo grande. Lo que estaba comenzando como una clase de contenido, se estaba transformando en una discusión profunda sobre el verdadero papel del docente.

Estrategias de Desarrollo

Para que sus estudiantes comprendieran plenamente la importancia de la mediación pedagógica, Verónica decidió llevar la teoría al terreno práctico. "Imaginen que están frente a un grupo de estudiantes de primer año. Intentan explicarles conceptos complejos como el aprendizaje significativo o la enseñanza constructivista, pero se encuentran con que los estudiantes no parecen involucrarse. Están distraídos, no participan. ¿Qué harían?"

Luis, que siempre prefería soluciones directas, fue el primero en hablar: "Creo que podríamos usar ejemplos cercanos a la vida de los estudiantes, algo que les sea familiar." Paula, con su siempre creativa perspectiva, añadió: "Yo creo que integrar tecnologías podría ser útil, como cuestionarios interactivos o incluso juegos didácticos." Verónica sonrió, complacida con sus respuestas. "Ambas son estrategias válidas. Lo importante es que el contenido no solo sea relevante para los estudiantes, sino que también sientan que están participando activamente en su propio proceso de aprendizaje. Ese es el corazón de la mediación pedagógica."

A continuación, dividió a la clase en parejas, pidiéndoles que trabajaran juntos en la creación de un plan de clase basado en los principios que acababan de discutir. Jaime y Diana, siempre eficientes, se pusieron a trabajar inmediatamente, discutiendo cómo usar ejemplos de la vida real para captar la atención de sus futuros estudiantes. Osvaldo y Lali, por su parte, hablaban animadamente sobre la importancia del trabajo en equipo y cómo hacer que los estudiantes se apoyaran unos a otros.

Mientras caminaba entre los grupos, Verónica se sintió orgullosa de sus estudiantes. Estaban realmente inmersos en el trabajo, aplicando lo que habían discutido en teoría y llevándolo a la práctica. Se detuvo junto a Andrea, quien solía ser más reservada en sus intervenciones. Para su sorpresa, Andrea compartió una idea brillante sobre cómo integrar la retroalimentación constante en la mediación pedagógica. Verónica sintió una chispa de orgullo, viendo cómo cada uno de sus estudiantes estaba contribuyendo con sus propias ideas, enriqueciendo el proceso de enseñanza.

Estrategias de Cierre

Al final de la clase, Verónica quiso asegurarse de que todos se llevaran un resumen claro y sencillo de lo discutido. Proyectó un cuadro sinóptico en el que resumió los principios básicos de la mediación pedagógica. "El docente es un mediador. El contenido es el puente. El estudiante construye su propio aprendizaje," explicó mientras señalaba los puntos clave.

"¿Qué es lo más importante que deben recordar de esta clase?" preguntó, buscando hacer una última reflexión antes de terminar. Jaime, fiel a su estilo, fue el primero en contestar: "Que el docente no solo enseña lo que sabe, sino que ayuda al alumno a descubrir lo que puede llegar a saber." Verónica sonrió con satisfacción. Sus estudiantes estaban comenzando a comprender la verdadera esencia de la enseñanza.

Con una sonrisa cálida, concluyó: "Como futuros docentes, ustedes tienen una gran responsabilidad. No se trata solo de transmitir información, sino de cómo hacen que esa información sea relevante y significativa para sus alumnos. Recuerden: enseñar no es llenar cabezas, es encender luces."

Reflexiones Finales

Al final de la clase, los estudiantes comenzaron a salir poco a poco, algunos aun charlando entre ellos, compartiendo ideas y reflexiones. Verónica se quedó un momento más en el aula vacía, disfrutando de la sensación de satisfacción que le dejaba la clase de hoy. Sabía que no había sido simplemente una lección más. Había creado un espacio donde sus estudiantes habían empezado a comprender qué significa ser un verdadero mediador del aprendizaje.

Justo cuando se disponía a salir, escuchó un leve sonido detrás de ella. Era Lali, que había regresado. "¿Podemos hablar un momento?" preguntó, con una mezcla de nerviosismo y curiosidad. "Me gustaría saber más sobre cómo aplicar estas ideas en mi práctica."

Verónica sonrió, encantada de poder seguir guiando a sus estudiantes incluso fuera del horario de clase. "Claro, Lali. ¿Qué te gustaría explorar específicamente?" Así comenzó una nueva conversación, en la que Lali compartió sus inquietudes y Verónica le ofreció ejemplos prácticos y recursos adicionales. Cada pregunta, cada respuesta, fortalecía la relación entre docente y estudiante, haciendo evidente el poder de la mediación pedagógica en la formación de futuros educadores.

Mientras salía del aula finalmente, Verónica pensó en el poder transformador de la educación. Hoy, al encender esas luces en las mentes de sus estudiantes, sentía que estaba contribuyendo no solo a su formación, sino al cambio de muchas más vidas en el futuro.

Capítulo 8.

La inclusión en la Universidad.

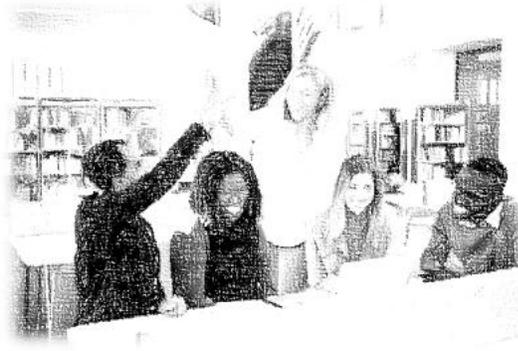
Era un día soleado en la universidad, y Verónica, una tutora muy querida por sus estudiantes, entró al aula con una sonrisa cálida. Desde el primer momento, el ambiente se llenó de una energía especial. "Buenos días, queridos. Hoy quiero que hablemos sobre un tema muy importante: ¿qué significa la inclusión en nuestra universidad, especialmente para aquellos que tienen diversas necesidades?", preguntó, mirando a cada uno con atención.

Diana, siempre dispuesta a compartir, levantó la mano. "Quiero contarles sobre una interna que trabaja en el hospital donde estoy. Ella tiene una sola pierna, pero eso nunca ha sido un obstáculo para ella. En realidad, es una inspiración para todos nosotros. Cuando la veo, me recuerda que las barreras pueden ser superadas." Su voz temblaba un poco, pero la pasión en sus palabras hizo que todos en el aula se sintieran profundamente conmovidos.

Sharon, que estaba sentada cerca de la ventana, se unió a la conversación. "Es verdad, Diana. Creo que nuestro currículo debería reflejar la diversidad cultural de nuestras historias. Todos venimos de diferentes orígenes, y cada experiencia merece ser escuchada." Su mirada era intensa, y la conexión entre todos se volvía palpable.

Alejando, siempre el pensador crítico, no tardó en aportar su opinión. "Exacto. ¿Y si organizamos talleres sobre sensibilidad cultural? Sería una forma de ayudar a todos a entenderse mejor. La educación no debería ser un campo de batalla, sino un puente que une." Su entusiasmo era contagioso y los estudiantes se sintieron motivados a pensar en soluciones.

Paula, que había estado observando, intervino con dulzura. "La inclusión también es importante para mujeres embarazadas o madres. Si se les permite traer a sus hijos a clase, eso puede hacer que se sientan más apoyadas y menos solas. A veces, esas pequeñas acciones pueden cambiar todo." Su voz resonó en el aula, y muchos asintieron, reconociendo la validez de sus palabras.



Luis, que generalmente era más reservado, decidió abrirse. "La inclusión en las aulas es esencial. Todos necesitamos un espacio donde nos sintamos valorados y aceptados. Todos tenemos algo que aportar, y no deberíamos sentir miedo a mostrarlo." Su sinceridad tocó a todos y les hizo reflexionar sobre su propio lugar en el aula.

Andrea, observando cómo la conversación se enriquecía, recordó algo que Verónica había mencionado en clases anteriores. "Recuerdo que dijiste que la clase debería ser un lugar de paz. Muchas veces, la vida afuera es difícil. Algunos de nosotros llevamos cargas que ni siquiera podemos compartir. Por eso, encontrar un momento de tranquilidad aquí es fundamental." Su voz suave resonó en el aire, y muchos se sintieron identificados.

Verónica sonrió, su corazón se llenó de orgullo por sus estudiantes. "Cada uno de ustedes está aportando algo valioso. Estamos aquí para aprender juntos. No olvidemos que, al final del día, todos somos iguales y tenemos las mismas oportunidades. Es esencial que busquemos un espacio de paz donde todos podamos crecer y aprender."

El diálogo continuó, llevándolos a profundizar sobre la salud mental y su importancia en el entorno universitario. Verónica sintió que era momento de dar un paso más. "La salud mental es vital para nuestra convivencia diaria. Necesitamos apoyar a aquellos que se sienten emocionalmente frágiles. La universidad puede ser un lugar desafiante, y a veces, necesitamos un refugio donde sentirnos seguros."

Los estudiantes comenzaron a compartir sus ideas para crear un entorno de apoyo. "Podríamos tener servicios de salud mental accesibles en el campus", sugirió Diana. "Así, los estudiantes podrían tener un lugar donde ir si se sienten abrumados."

"Y también podríamos organizar sesiones de capacitación para el personal docente", agregó Alejandro. "Así podrían entender mejor lo que enfrentan los estudiantes y cómo ayudar."

Con el tiempo, la conversación evolucionó. Hablaron de crear grupos de apoyo entre pares, de diseñar espacios seguros donde los estudiantes pudieran relajarse y

desconectar del estrés académico. Se dieron cuenta de que podían construir una comunidad donde cada voz importara, donde nadie se sintiera excluido.

A medida que la clase llegaba a su fin, Verónica miró a sus estudiantes con cariño. "La inclusión y la salud mental están entrelazadas. Si trabajamos juntos, podemos construir un lugar donde cada uno se sienta valorado y comprendido. No olvidemos que somos humanos, con nuestras luchas y alegrías."

Al salir del aula, los estudiantes llevaban consigo un nuevo sentido de propósito. Sabían que tenían el poder de hacer una diferencia en su universidad. Con el corazón lleno de esperanza y un compromiso renovado, se convirtieron en embajadores de la inclusión. La semilla que Verónica había plantado en ellos florecería en su comunidad, creando un espacio donde todos pudieran prosperar, donde cada historia fuera valorada, y donde la empatía fuera el lenguaje común que uniera a todos en el viaje de la vida

Capítulo 9.

Práctica de Prácticas

Era una tarde serena en la universidad, con un cielo despejado que parecía reflejar la energía positiva del aula. La sala de Verónica Córdor estaba llena de risas y un ambiente de camaradería palpable. Luis, Andrea, Diana, Lali, Osvaldo, Jaime y Paula, un grupo diverso de estudiantes con diferentes personalidades y antecedentes, se sentaban en círculo, compartiendo reflexiones sobre su viaje de aprendizaje en el curso de docencia. Las paredes, adornadas con carteles inspiradores sobre la educación inclusiva y el aprendizaje significativo, eran testigos de las conversaciones profundas que surgían en ese espacio.

Verónica observaba con satisfacción, sintiéndose orgullosa de ver cómo sus estudiantes habían crecido a su manera. Había sido un semestre lleno de desafíos, pero también de logros, y ahora estaban listos para hablar de sus experiencias. Luis, siempre el más animado del grupo, fue el primero en romper el hielo, su voz llena de entusiasmo resonando en el aula.

—Siento que deberíamos hacer un consolidado de todo lo que hemos aprendido —dijo con una sonrisa radiante—. Este semestre ha sido una aventura increíble. Las prácticas de significación y de reflexión nos han ayudado a conectar la teoría con lo que realmente pasa en el aula. Cada estudiante tiene su propio mundo y debemos respetarlo y entenderlo, ya que esto es esencial para nuestra labor como futuros docentes.

Andrea, siempre entusiasta y con una energía contagiosa, asintió con fervor, su mirada brillando con la luz de nuevas ideas.

—Totalmente de acuerdo. Cada uno de nosotros ha aprendido de formas diferentes. La interacción en clase ha sido clave; hemos aprendido a escuchar y a valorar las distintas perspectivas que son tan importantes para la docencia. La diversidad de opiniones ha enriquecido nuestras discusiones y nos ha hecho más empáticos como educadores.

Diana, con su chispa habitual y una sonrisa en el rostro, intervino con entusiasmo, su voz elevándose por encima del murmullo de la sala.

—¡Exacto! Podríamos crear un documento que no solo resuma lo académico, sino también lo que hemos vivido juntos. Sería un recurso genial para otros docentes en formación. Además, nuestra evolución en la comunicación ha sido notable. Hemos

pasado de ser un grupo de estudiantes tímidos a un equipo cohesionado que sabe trabajar en conjunto.

Lali, que había sido un poco tímida al principio, sonrió con confianza, dándose cuenta de cuánto había crecido durante el semestre.

—Me encanta esa idea. Lo que hemos vivido en el aula es más que solo teorías. La observación nos enseñó a mirar más allá de lo superficial y a entender lo que realmente necesita cada estudiante. Nos ha permitido ver a nuestros compañeros como individuos con sus propias historias y desafíos, lo que es fundamental para un docente.

Oswaldo, siempre pensativo y analítico, agregó con una mirada reflexiva:

—Y la prospección nos llevó a imaginar diferentes escenarios en el aula. Eso nos prepara para cualquier desafío y nos permite ser más creativos en nuestra enseñanza. Imaginar posibles situaciones nos ha hecho pensar en cómo podríamos adaptarnos y cambiar nuestras estrategias para atender mejor a nuestros estudiantes.

Jaime, el más metódico del grupo, sugirió con un tono firme:

—Podríamos incluir ejemplos concretos de cómo aplicamos estas prácticas en nuestras clases. La aplicación fue una revelación; no solo hablamos de teorías, sino que las pusimos en práctica y vimos los resultados en tiempo real. Esto nos ha proporcionado un enfoque práctico que podemos utilizar en nuestras futuras aulas.

Paula, con su energía contagiosa y siempre lista para añadir su perspectiva, concluyó con firmeza:

—Sí, y deberíamos hacer que este consolidado no solo sea académico, sino también un manual práctico. Reflexionar sobre la inclusión y la igualdad en nuestras aulas puede tener un gran impacto. Es vital que nuestras experiencias no se queden en el aula, sino que sirvan como una guía para otros que deseen adoptar un enfoque similar. Verónica, escuchando atentamente a sus estudiantes, sonrió con orgullo. Se dio cuenta de que sus alumnos no solo estaban absorbiendo el contenido del curso, sino que estaban creando algo valioso para el futuro, algo que podría transformar la forma en que se enseña.

—Me encanta lo que están proponiendo —dijo Verónica, su voz llena de emoción y apoyo—. Este consolidado será un testimonio de su aprendizaje y un legado para quienes vendrán después de ustedes. La docencia exige reflexión y adaptación constante, y ustedes están demostrando que son capaces de hacerlo. La educación no

se trata solo de transmitir conocimientos, sino de construir relaciones significativas con los estudiantes y entre ustedes.

Con su apoyo, el grupo se puso manos a la obra. A medida que compartían ideas, investigaban y escribían, Verónica se sintió emocionada al ver cómo cada uno aportaba su perspectiva única. Era como ver nacer un hermoso tapiz, cada hilo representando una experiencia, un aprendizaje. Se formaron pequeños subgrupos, cada uno encargado de diferentes secciones del consolidado: teoría, prácticas, reflexiones personales y sugerencias para futuros docentes. La colaboración era palpable, y las risas llenaban el aire mientras trabajaban en conjunto.



Reflexionando juntos sobre nuestro aprendizaje: un viaje compartido hacia una docencia que abraza la inclusión y la diversidad

Al final del semestre, cuando el consolidado estuvo terminado, todos coincidieron en que lo que habían aprendido no se limitaría a esa aula. Llevarían consigo ese conocimiento a cada clase que impartieran, a cada estudiante que guiaran y a cada oportunidad que tuvieran para hacer una diferencia en el mundo de la educación. Habían creado un documento que no solo era una recopilación de teorías, sino un reflejo de sus corazones y de sus deseos de hacer un cambio positivo.

El trabajo conjunto no solo había sido un ejercicio académico, sino una experiencia transformadora que marcaría su camino como futuros docentes comprometidos con la inclusión y el respeto por la diversidad en el aula. Habían cultivado no solo conocimientos, sino también un sentido de comunidad y pertenencia que los acompañaría en cada paso de su trayectoria educativa. Sabían que el viaje apenas comenzaba y que su aprendizaje continuaría, evolucionando con cada experiencia que vivirían en su carrera profesional. En cada interacción, en cada clase, en cada

estudiante, llevarían consigo las lecciones aprendidas en ese cálido y acogedor aula, donde se forjó un espíritu colaborativo que perduraría a lo largo de los años.

Capítulo 10.

En torno a la evaluación.

Un Nuevo Enfoque en la Evaluación

Era un hermoso día soleado en la universidad, y la profesora Verónica caminaba hacia el aula con una mezcla de emoción y nerviosismo. Había pasado horas preparando la clase, y ahora, al ver los rayos de sol filtrarse a través de las ventanas, se sintió inspirada. Sus alumnos —Luis, Andrea, Diana, Paula, Osvaldo y Jaime— ya estaban reunidos, cada uno con una chispa de curiosidad en sus ojos, listos para aprender algo nuevo.

—¡Buenos días a todos! —saludó Verónica con una amplia sonrisa, intentando contagiarles su energía—. Hoy vamos a explorar el fascinante mundo de las rúbricas de evaluación, una herramienta que podría revolucionar la manera en que evaluamos a nuestros futuros estudiantes.

Los estudiantes la miraron con atención, y Andrea, siempre la más entusiasta del grupo, no pudo contener su emoción.



Transformando la evaluación en una herramienta para el crecimiento y la creatividad

—¡Profesora! Me parece genial. Las rúbricas podrían ayudarnos a evaluar no solo el contenido, sino también la forma en que los estudiantes expresan sus ideas. Por ejemplo, podríamos incluir la claridad en la presentación, así como la forma en que se conectan con su audiencia.

Luis, animado por la intervención de Andrea, asintió con la cabeza.

—Totalmente de acuerdo. Además, deberíamos considerar cómo trabajan en grupo. La colaboración es clave en muchos proyectos, y deberíamos evaluarla. ¡La dinámica del equipo puede ser tan valiosa como el resultado final!

Diana, que siempre tenía un enfoque más reflexivo, levantó la mano y dijo:

—Y no podemos olvidar la reflexión personal. Sería increíble que nuestros futuros estudiantes tuvieran la oportunidad de autoevaluarse y pensar en lo que realmente han aprendido. Eso les ayudaría a crecer y a entender su propio proceso educativo.

Paula, con su energía contagiosa, no pudo contener su entusiasmo.

—¡Exacto! Además, podríamos incluir aspectos sobre la presentación visual. A veces, la forma en que se presenta un proyecto puede hacer una gran diferencia. Los colores, la organización... ¡todo cuenta! Si hacemos que el aprendizaje sea visualmente atractivo, tal vez conectemos mejor con ellos.

Osvaldo, un poco más tímido pero decidido a aportar, se animó y dijo:

—Sí, eso es muy importante. Con una rúbrica, podríamos evaluar no solo lo que se dice, sino también cómo se dice. Creo que eso motivaría a los estudiantes a ser más creativos. ¡Imagina lo que podrían hacer si supieran que hay espacio para la innovación!

Jaime, siempre con una sonrisa que iluminaba el aula, levantó la voz con entusiasmo.

—Imagínense lo que podríamos lograr. Con rúbricas, nuestros estudiantes sabrían exactamente qué esperar, y eso les daría confianza para dar lo mejor de sí. Nos permitiría acompañarlos en su aprendizaje de una manera más clara y abierta.

Verónica escuchaba con una sonrisa, satisfecha al ver el compromiso de sus alumnos. Era evidente que estaban comenzando a entender lo poderosa que podía ser una buena evaluación, no solo como un sistema de calificaciones, sino como una guía para el aprendizaje.

—Están en lo cierto —respondió Verónica, su voz llena de calidez—. Las rúbricas no solo hacen la evaluación más justa, sino que también crean un ambiente donde todos pueden aprender y sentirse apoyados. Cuando los estudiantes saben qué se espera de ellos, se sienten más seguros para explorar y experimentar.

Andrea, llena de energía y entusiasmo, concluyó la conversación con firmeza.

—Deberíamos poner en práctica todo esto. Al final, queremos que nuestros futuros estudiantes se sientan seguros y motivados. ¡Esto puede cambiar la forma en que aprendemos! La evaluación no debería ser solo un número, sino una herramienta que les impulse a crecer.

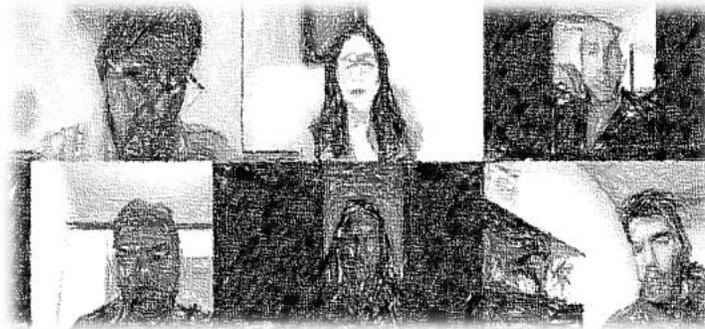
La clase terminó en un ambiente de entusiasmo y camaradería. Verónica sonrió al ver a sus alumnos tan involucrados, su corazón se llenó de orgullo. Sabía que estaban listos para hacer una diferencia en sus futuras aulas, transformando la experiencia de aprendizaje en algo significativo y enriquecedor para todos. Había en el aire una promesa de innovación y empatía, y Verónica estaba emocionada por el camino que todos juntos estaban a punto de recorrer.

Capítulo 11.

La fundamental tarea de validar.

Después de una semana intensa de clases sobre rúbricas, Verónica decidió que ya era hora de poner en práctica todo lo que habían aprendido. La rúbrica, según les había explicado, era simplemente una herramienta para organizar y hacer más claras las evaluaciones. Era como un mapa que les permitiría orientarse en el vasto mar de la evaluación, ayudando tanto a quienes evaluaban como a quienes recibían la retroalimentación. Con este enfoque, los estudiantes podían tener una idea clara de qué se esperaba de ellos y cómo podían mejorar. Pero más allá de lo técnico, Verónica les había hecho ver que lo realmente importante era que las rúbricas les daban la oportunidad de aprender unos de otros, fomentando un ambiente de colaboración y apoyo mutuo. Ahora, les tocaba a ellos experimentar eso y aplicar todos esos conceptos.

—Hoy vamos a hacer algo diferente —anunció Verónica, iluminando la sala con una sonrisa llena de entusiasmo—. Cada uno se emparejará con un compañero y evaluará su presentación. Recuerden que dar y recibir retroalimentación es clave para nuestro aprendizaje y crecimiento.



"Utilizar una rúbrica permite que cada estudiante comprenda su avance y sepa cómo crecer en su aprendizaje de manera clara y acompañada."

La clase estalló en movimiento. La emoción era palpable, y los estudiantes se buscaron entre risas nerviosas y algunas miradas de complicidad. Andrea y Diana, amigas desde hacía tiempo, se acomodaron juntas en una esquina del aula, disfrutando de la cercanía y la confianza que les daba su relación.

—Estoy lista para dar lo mejor —dijo Andrea, acomodando sus notas con un toque de nerviosismo en su voz—. ¿Qué te parece si hacemos una presentación corta y luego evaluamos con la rúbrica? Quiero que sea lo más útil posible.

—¡Suena genial! Vamos a darle —respondió Diana, llena de entusiasmo y energía.

Andrea respiró hondo, sintiendo que el aire fresco llenaba sus pulmones y le daba un poco de calma. Comenzó su presentación, con una mezcla de determinación y nervios. Al principio, sentía cómo las palabras salían algo apresuradas, como si su mente no pudiera seguir el ritmo de su corazón latiendo fuerte. Sin embargo, al ver a Diana atenta, tomando notas y sonriendo con aliento, comenzó a relajarse poco a poco. La conexión que siempre habían tenido le daba la confianza que necesitaba. Cuando terminó, Diana la miró con una sonrisa de admiración que hizo que todo el esfuerzo valiera la pena.

—¡Me encantó tu presentación! Lograste que todo sonara súper claro. ¿Empezamos a evaluar? —Diana exclamó, contagiada por la energía positiva de la actividad.

Andrea, emocionada pero también algo ansiosa por saber qué diría su amiga, respondió:

—Sí, claro. Quiero saber lo que piensas. La retroalimentación es tan importante, sobre todo viniendo de ti.

Ambas abrieron la rúbrica que habían creado juntas, un documento que reflejaba sus aprendizajes y expectativas, y empezaron a revisar cada criterio. Cuando llegaron a la parte sobre la claridad en la expresión de ideas, Diana comentó:

—La verdad es que captaste muy bien la atención del público. Tus ejemplos eran súper claros y me hicieron reflexionar bastante. Realmente lograste conectar con lo que estábamos discutiendo en clase.

Andrea sintió que una oleada de alivio la invadía. La apreciación de su amiga significaba mucho para ella.

—Gracias, eso me alegra mucho —respondió, sintiéndose más segura—. ¿Qué tal la calidad de la argumentación? —preguntó con curiosidad, deseando obtener una crítica honesta.

Diana se quedó pensativa por un momento, buscando las palabras adecuadas.

—Fue un argumento sólido —comenzó—, pero creo que podrías haber profundizado un poco más en algunas partes. Eso le daría más fuerza y ayudaría a que los demás se conecten más con el tema. Si hubieras explicado un poco más el contexto, sería aún más impactante.

Andrea escuchó atentamente, apreciando la sinceridad de su amiga y su deseo de ayudarla a mejorar.

—Tienes razón, me gustaría poder ser más específica la próxima vez. Lo que me dices es muy valioso, me hace ver cosas que no había notado en mi propia presentación. A veces me preocupa ser demasiado breve.

Diana sonrió, contenta de que Andrea recibiera la retroalimentación con tanta apertura y disposición. La conversación fluía entre ellas, llenando el aula con un aire de camaradería y crecimiento mutuo.

—Quiero que sepas que tus ejemplos realmente destacaron. Hicieron que todo fuera más interesante. Creo que ambas hemos aprendido mucho con este ejercicio. La forma en que planteaste tu argumento hizo que quisiera saber más.

Al terminar la evaluación, las dos se sintieron satisfechas y enriquecidas por el proceso. No solo habían aprendido a usar la rúbrica, sino que también habían fortalecido su amistad y el respeto mutuo. Cada comentario, cada observación, se sentía como un ladrillo más en la construcción de una relación más sólida.

—Gracias por tu apoyo —dijo Andrea con una sonrisa sincera—. Este proceso me ha ayudado muchísimo. Me hace ver lo importante que es escuchar la opinión del otro. A veces, en la vorágine del estudio, olvido cómo es de valioso tener otra perspectiva.

—Definitivamente —respondió Diana—. La retroalimentación no solo nos hace mejorar, también nos conecta más como amigas y colegas. ¡Deberíamos hacerlo más seguido! De hecho, podríamos organizar sesiones de práctica para ayudarnos mutuamente.

Al finalizar la actividad, Verónica recorrió la clase con la mirada y no pudo evitar sentir una mezcla de orgullo y alegría. Habían aprendido algo importante, no solo sobre la evaluación, sino sobre cómo apoyarse unos a otros en el camino del aprendizaje. El aula quedó impregnada de un ambiente de compañerismo y entusiasmo, dejando claro que el aprendizaje colaborativo puede ser una experiencia realmente enriquecedora y llena de significado.

Los ecos de las risas y las conversaciones llenaban el espacio, y Verónica se sintió satisfecha al ver que sus alumnos no solo estaban adquiriendo habilidades técnicas, sino también valores de compañerismo y apoyo mutuo. Mientras las presentaciones continuaban, cada uno de ellos crecía, no solo como estudiantes, sino como personas que entendían la importancia de la empatía y la colaboración en su aprendizaje y en la vida.

Segunda Parte

El aprendizaje en la Universidad

Capítulo 12.

En torno a la labor educativa con la juventud.

La clase avanzaba, pero algo en el aire era distinto. Verónica, con su mirada atenta, había logrado que todos se sintieran cómodos para compartir. Andrea, sentada al fondo, sacó una carta que llevaba tiempo escribiendo. Respiró profundo y comenzó a leer.

“Estimado Daniel Samper Pizano:

Soy Andrea Estefanía Pangol Pillaga, estudiante de la Maestría en Docencia Universitaria. Su libro *Manual para profesores sanguinarios* me tocó profundamente. Con humor y sinceridad, retrata una realidad que muchos vivimos como estudiantes. Frases que arrancan risas, pero también despiertan recuerdos y verdades.

Admiro su forma de cuestionar el sistema, pero discrepo en algo: usted dice que esos profesores ‘sanguinarios’ se recuerdan con afecto. En mi caso, dejaron miedo y tristeza. Hoy, como docente, entiendo que aprender no debe doler ni humillar. La enseñanza no es una lucha; es un acto de respeto y alegría compartida. Quiero dejar en mis estudiantes algo más que conocimiento: una huella humana y positiva.”

Andrea se detuvo y miró a sus compañeros. Nadie hablaba, pero todos sentían la profundidad de sus palabras.

“Gracias por un libro que me hizo reír, reflexionar y cuestionarme. Espero seguir creciendo con textos como el suyo.”

Terminó la carta y el silencio lo llenó todo. Verónica sonrió y dijo suavemente:

“Tu reflexión nos recuerda lo esencial: enseñar no es imponer miedo, sino crear vínculos. La verdadera magia del aprendizaje nace del respeto y el amor por lo que hacemos.”

Los demás asintieron. En ese instante, algo cambió. La enseñanza dejó de ser una batalla y se convirtió en un camino de humanidad y conexión.

¡Como percibimos a las y los jóvenes!

En una tarde tibia de otoño, en un salón lleno de charlas y risas entrecortadas, la profesora Verónica observaba a sus estudiantes. Cada uno traía consigo algo especial, pero todos compartían un mismo deseo: conocerse mejor a sí mismos y entender el mundo que los rodeaba.

Verónica comenzó a hablar con calma, como quien quiere tocar un tema importante, pero sin apuro. “Hoy quiero contarles algo que llevo pensando. Los veo a ustedes y

pienso en lo afortunados que son: tienen una mente abierta, curiosa, llena de ideas. Pero también sé que tienen retos enormes. Todo cambia tan rápido que a veces parece imposible saber qué hacer.”

Diana, que solía ser la más reflexiva, levantó la mano con algo de duda en su mirada. “¿De verdad se nota que sentimos tanta presión? A veces me da la impresión de que todo el mundo está mirando cada cosa que hacemos y espera que siempre tengamos las respuestas.”



Verónica la miró con ternura y respondió con suavidad: “Lo entiendo, Diana. Hoy en día, con tantas cosas conectadas, parece que tienen que saberlo todo. La información llega a cada segundo, y el miedo a fallar o no encajar puede ser fuerte. Pero lo que me admira de ustedes es que, a pesar de esa presión, tienen el valor de preguntar, de desafiar lo que no les parece justo.”

Luis, que siempre hablaba sin rodeos, agregó con un tono pensativo: “Las redes sociales tienen mucho que ver. Parece que siempre debemos mostrar lo mejor, como si no tuviéramos derecho a mostrar lo que realmente somos. A veces siento que eso nos desconecta de la realidad.”

Verónica sonrió, comprensiva. “Tienes razón, Luis. Las redes pueden ser una herramienta útil, pero también nos pueden alejar de nosotros mismos. Vivimos rodeados de expectativas y eso genera inseguridad. Sin embargo, ustedes tienen algo

muy valioso: pueden elegir ser ustedes mismos, aunque no sea fácil. Ser auténtico es lo que realmente conecta con los demás.”

Paula, siempre inquieta y con ganas de entenderlo todo, levantó la mano, con los ojos llenos de curiosidad. “Entonces, ¿no está mal cuestionar las cosas? A veces siento que, si no seguimos lo que nos dicen, estamos haciendo algo malo.”

Verónica se acomodó en su silla y respondió con calidez: “Cuestionar no está mal, Paula. Al contrario, es una muestra de valentía. Cuestionar les ayuda a construir sus propios valores y entender el mundo a su manera. A veces lo que nos enseñaron funciona, pero otras veces necesitamos adaptarlo a lo que vivimos hoy. Dudar, pensar distinto y buscar respuestas es lo que los hace especiales.”

Jaime, que solía hablar poco pero siempre pensaba mucho, intervino con una sonrisa tímida. “Eso me hace pensar... ¿De verdad el futuro depende de nosotros? A veces siento que mis ideas no son tan grandes como para cambiar algo.”

Verónica lo miró con cariño y le respondió con firmeza: “Jaime, todos los sueños empiezan pequeños, pero son esos sueños los que mueven el mundo. Aunque parezcan imposibles o muy lejanos, son esas ideas las que pueden crear algo mejor. Ustedes tienen la energía y la creatividad para hacer cosas que parecen inalcanzables. Nunca duden de eso.”

Luli, que había estado callada hasta ese momento, levantó la mirada con sinceridad. “¿Y qué pasa si nos equivocamos? A veces siento que no tenemos derecho a fallar, porque todo parece perfecto en las redes.”

Verónica le sostuvo la mirada con empatía. “Lali, los errores son necesarios. Nadie aprende sin haberse equivocado antes. La sociedad les dice que tienen que ser perfectos, pero eso no es verdad. Los errores son parte del camino y son los que realmente nos enseñan. Lo importante no es no caer nunca, sino aprender a levantarse una y otra vez.”

Al terminar la clase, Verónica los miró uno por uno, viendo no solo rostros, sino también el brillo en sus miradas. Sabía que cada uno de ellos llevaba un potencial enorme. “Lo más lindo de ser jóvenes es que tienen el poder de cambiar las cosas. Aunque a veces sientan que el futuro es incierto, ustedes están creando algo nuevo, paso a paso. Y yo tengo la fortuna de ser testigo de eso.”

Los estudiantes sonrieron, inspirados. Salieron del salón sintiendo que, a pesar de las dudas y los retos, el futuro estaba en sus manos, y que juntos podían ir construyéndolo

Capítulo 13

La solución a la violencia cotidiana

Verónica, siempre atenta a los detalles que muchos podrían pasar por alto, empezó a notar un patrón inquietante en su aula: pequeños empujones en los pasillos, miradas burlonas cuando alguien cometía un error, comentarios hirientes lanzados entre risas y exclusiones que, aunque disimuladas, dejaban a algunos estudiantes aislados. Esta violencia cotidiana, silenciosa y a menudo ignorada, comenzaba a enraizarse en la dinámica del grupo, afectando no solo el clima escolar, sino también la seguridad emocional de sus estudiantes. Verónica, observadora y comprometida con el bienestar de su clase, sintió que no podía permanecer de brazos cruzados.

En una sesión de reflexión, Verónica decidió abrir un espacio de diálogo honesto con sus alumnos. “¿Se han dado cuenta de cómo nos tratamos entre nosotros?”, preguntó con voz serena pero firme. Al principio, el silencio dominó el aula, pero poco a poco, las miradas esquivas y los murmullos comenzaron a dar paso a respuestas más sinceras. Algunos reconocieron haberse sentido heridos por comentarios o burlas; otros admitieron que, sin darse cuenta, también habían participado en esas conductas. Fue un momento de vulnerabilidad colectiva, pero también de consciencia.

Inspirada por esta apertura, Verónica propuso una estrategia innovadora: transformar a los propios estudiantes en protagonistas del cambio. Decidió asignar roles específicos dentro del aula que no solo ayudaran a reducir estas agresiones inconscientes, sino que también fomentaran la colaboración, la empatía y el sentido de responsabilidad.

Dividió a los alumnos en pequeños grupos y explicó las nuevas tareas que cada uno asumiría:

El mediador: sería la persona encargada de intervenir en los conflictos menores, ayudando a sus compañeros a encontrar soluciones pacíficas antes de que las discusiones se intensificaran.

El observador: tendría la misión de identificar aquellas conductas negativas que a menudo pasaban desapercibidas, como gestos o palabras sutiles, y sugerir cómo transformarlas en algo positivo.

El promotor del buen trato: asumiría el papel de motivar, celebrar y visibilizar las actitudes de respeto, empatía y solidaridad entre los compañeros, reconociendo los pequeños gestos que a menudo marcan grandes diferencias.

“No se trata de acusar ni de imponerse sobre los demás”, aclaró Verónica, “sino de ayudarnos como grupo a construir un espacio donde todos nos sintamos cómodos y valorados”. Los estudiantes, lejos de percibir estos roles como una carga, comenzaron a verlos como una oportunidad para participar activamente en la mejora del ambiente escolar.

Con el tiempo, los cambios se hicieron evidentes. Los mediadores intervenían con calma y resolvían pequeñas diferencias antes de que se convirtieran en conflictos mayores. Los observadores aprendieron a expresar sus opiniones de manera constructiva, destacando conductas que podrían cambiarse sin juzgar ni avergonzar a nadie. Por su parte, los promotores del buen trato celebraban con entusiasmo los actos de amabilidad que, hasta entonces, habían pasado desapercibidos: una disculpa sincera, un “gracias” espontáneo, o alguien que ayudaba a su compañero a ponerse al día con una tarea.

El aula, poco a poco, comenzó a transformarse. Las risas ya no se dirigían a burlarse de alguien, sino a compartir momentos de alegría genuina. Los empujones dejaron lugar a saludos amigables, y las palabras hirientes fueron reemplazadas por comentarios de apoyo. Lo que más sorprendió a Verónica fue cómo los estudiantes se apropiaron de este cambio: ya no necesitaban que ella interviniera constantemente porque ellos mismos se habían convertido en agentes de su propia transformación.

Al final del ciclo, Verónica organizó un espacio para que los estudiantes compartieran sus experiencias. Las historias que emergieron fueron profundamente conmovedoras. “Aprendí a pedir disculpas cuando lastimo a alguien”, confesó una estudiante, con los ojos brillantes de orgullo. Otro compañero agregó: “Antes nos reíamos si alguien se equivocaba, pero ahora nos ayudamos para que todos aprendamos”. Uno de los mediadores relató cómo intervino en una discusión entre amigos que casi termina en una pelea: “Me di cuenta de que hablar las cosas a tiempo puede evitar que nos lastimemos”.

Verónica, escuchando cada testimonio, sintió una mezcla de alegría y satisfacción.



Lo que había comenzado como una intervención simple y puntual se había convertido en un cambio profundo y significativo. Su aula ya no era solo un espacio para aprender matemáticas o ciencias, sino un entorno donde se practicaban el respeto, la empatía y la colaboración diaria. Los estudiantes comprendieron que incluso las violencias más pequeñas pueden combatirse con acciones conscientes, y que cada uno de ellos tiene el poder de contribuir a un ambiente más armonioso.

Ese día, Verónica se fue a casa con una certeza: no solo había enseñado una lección valiosa a sus estudiantes, sino que también ellos le habían enseñado a ella que, con empatía y compromiso, incluso los gestos más simples pueden transformar realidades enteras

Capítulo 14.

La forma educa

Una mañana de lunes, Verónica entró al aula con una sonrisa amplia y genuina, de esas que no solo iluminan el rostro, sino también contagian calma y energía a quienes la reciben. La luz del sol apenas empezaba a filtrarse por las ventanas, dejando rayos dorados sobre las paredes desgastadas del salón. Frente a ella, estaban sus estudiantes, cada uno con su particular forma de iniciar el día. Luis bostezaba con ganas, como si la cama lo siguiera llamando desde la distancia; Diana ya tenía el cuaderno abierto, pero sus ojos parecían más atentos a los pensamientos que revoloteaban en su mente; Andrea, siempre alerta, miraba con curiosidad a Verónica, intuyendo que esa mañana traía algo diferente. Luli, callada y observadora, se escondía detrás de su bolígrafo, mientras Osvaldo y Jaime intercambiaban miradas de cómplices travesuras no dichas.

Verónica observó a su grupo, sabiendo que aquel lunes no era uno cualquiera. El tema que debía enseñarles no era fácil: “gastrosquisis”, un defecto congénito complejo, difícil de pronunciar y, en apariencia, alejado de las realidades cotidianas de sus estudiantes. Pero si algo había aprendido en sus años como profesora, era que las palabras complicadas podían volverse simples si se encontraban los ejemplos adecuados.

—¿Cómo hacemos para entender algo complicado sin que se nos convierta en un nudo en la cabeza? —preguntó con suavidad, mientras dejaba la tiza sobre el escritorio. Su voz, firme y serena, llenó el salón, despertando a los más distraídos. Recorrió con la mirada a cada uno de sus alumnos, dándoles la oportunidad de pensar.

Pero el silencio fue su única respuesta.

Jaime, el más curioso del grupo, frunció el ceño, intentando procesar la pregunta. Diana seguía con su lápiz en la mano, anotando automáticamente en un cuaderno que aún no contenía respuestas. Verónica notó cada gesto, y sin perder el ritmo, continuó.

—Vamos a hacer algo distinto hoy. Quiero que se imaginen que tienen una bolsa de compras. —Con movimientos lentos y estudiados, sacó una bolsa de tela de colores suaves que llevaba en su bolso. El simple acto captó la atención de la clase, como si estuviera sacando un tesoro.

—¿Como las del mercado? —preguntó Luis, con un dejo de sorpresa en la voz.

—Exacto, Luis. Como esas. Ahora, imaginen que esta bolsa tiene un pequeño agujero.

—Verónica mostró un roto discreto en una de las esquinas. Lo sostuvo en alto, girándola con cuidado para que todos pudieran verlo.

El aula, que momentos antes estaba sumida en una calma somnolienta, comenzó a cobrar vida. Luli, desde su puesto en la esquina, se inclinó hacia adelante, con la mirada fija en la bolsa como si esta le contara un secreto.

—¿Entonces, profe, qué sería la 'bolsa' en el cuerpo humano? —preguntó Jaime, su voz cargada de interés genuino.

Verónica sonrió. ¡Lo había logrado! Sabía que Jaime sería el primero en conectar los puntos.

—Buena pregunta, Jaime. La 'bolsa' es la pared abdominal, que normalmente protege los órganos del bebé. Pero en la gastrosquisis, esa pared tiene una abertura, como el agujero de esta bolsa, y por ahí, los órganos abdominales, como el intestino, quedan expuestos.

Andrea, quien siempre encontraba sentido en los ejemplos visuales, levantó la mano con rapidez.

—¿Y cómo lo arreglan, profe? Porque si en una bolsa se caen las cosas, uno las vuelve a meter...

Verónica no pudo evitar soltar una sonrisa amplia, llena de orgullo. Le encantaba ese momento: cuando las mentes de sus alumnos comenzaban a encenderse como luces en una ciudad al atardecer.

—Exactamente, Andrea. Los cirujanos hacen algo similar. Con mucho cuidado, como si se tratara de frutas frágiles, recolocan los órganos en su lugar y cierran la abertura para protegerlos. Es un trabajo delicado, pero salva vidas.

La clase entera estaba ahora atenta. Osvaldo, quien solía distraerse con facilidad, sorprendió a todos al levantar la mano.

—¿Y qué pasa si no se arregla?

El aire pareció detenerse por un momento. Las miradas se giraron hacia Osvaldo y luego a Verónica, quien tomó una pausa breve antes de responder. Sabía que era una pregunta importante, pero también delicada.

—Si no se interviene, los órganos pueden infectarse o dejar de funcionar, porque están expuestos a todo lo que hay afuera del cuerpo. Pero por eso existen equipos médicos especializados que cuidan y operan a estos bebés, dándoles la oportunidad de tener una vida sana.

El silencio que siguió no fue de desconexión, sino de reflexión profunda. Sus estudiantes estaban procesando cada palabra, imaginándose el trabajo de esos cirujanos y la fragilidad de un bebé con una condición tan delicada.

Cuando la clase terminó, Paula, quien siempre era la última en guardar sus cosas, se acercó al escritorio de Verónica.

—Profe, hoy sí entendí. Gracias por explicarlo así.

Verónica le sonrió con ternura. Ese era el tipo de comentario que le recordaba por qué amaba enseñar. No se trataba solo de llenar cabezas con información, sino de encender llamas de comprensión y curiosidad. Observar a sus estudiantes salir del aula conversando sobre la “bolsa rota” y las frutas le confirmó que ese lunes había cumplido su misión.

Cerró su bolso con calma y echó una última mirada al salón ahora vacío. Para Verónica, enseñar era más que explicar temas complejos: era construir puentes entre la teoría y la vida, entre el desconocimiento y la claridad, entre el corazón y la mente.

Ese era, el verdadero arte de enseñar.

Capítulo 15.

El encuentro con el espectáculo pedagógico

El sol de la mañana se derramaba suavemente a través de las amplias ventanas, bañando el aula con una luz tibia que parecía invitar a soñar. Las mesas de madera reflejaban los destellos de ese amanecer académico, mientras los estudiantes, con cuadernos abiertos y mentes curiosas, aguardaban algo más que una clase: esperaban una experiencia. Había algo especial en las mañanas con Verónica Córdor. No era solo una profesora, era un faro. Cada palabra suya, cada gesto, tenía el poder de despertar algo profundo, casi intangible, en cada uno de ellos.

Verónica entró al aula con su andar sereno, su cuaderno en la mano y esa sonrisa que nunca parecía apagarse. Había en ella una calidez que trascendía las palabras. Se detuvo en el centro del salón, mirándolos a los ojos, como si quisiera recordarles que cada uno era importante, que cada idea suya tenía valor.

—Hoy exploraremos algo esencial —comenzó, con su voz suave pero firme—. Vamos a hablar de la tecnología en la educación, pero también de cómo podemos usarla para conectar, para transformar... y para no perder de vista lo humano.

Andrea Pangol Pillaga estaba sentada en la segunda fila, su lugar habitual. Le gustaba estar lo suficientemente cerca para captar cada matiz en las palabras de Verónica, pero también para observar cómo sus compañeros reaccionaban a ellas. Había pasado las últimas noches inmersa en el análisis de un TikTok educativo que la había dejado profundamente impactada. Era un vídeo sencillo, pero lleno de significado: un médico explicaba con empatía cómo los padres podían identificar signos de alerta en la salud de sus hijos. Su tono era tan cercano, tan humano, que Andrea sintió un nudo en la garganta al recordarlo.

Cuando Verónica lanzó su pregunta al aire, Andrea supo que era su momento.

—¿Cómo creen que podemos usar plataformas como TikTok para hacer del aula un espacio más significativo? —preguntó la profesora, recorriendo el salón con la mirada.

Andrea levantó la mano, y Verónica, con un gesto cálido, la invitó a hablar.

—Profesora, creo que las redes sociales pueden ser herramientas increíbles si las usamos con un propósito claro. Por ejemplo, analicé un TikTok de un médico que explicaba a los padres cómo reconocer signos de enfermedades en sus hijos. Lo que más me impactó fue cómo logró conectar emocionalmente con su audiencia. Usó gráficos simples, una música serena y un lenguaje tan humano que los hacía sentir

empoderados. Pienso que podríamos replicar esa fórmula en nuestras aulas, adaptándola a los temas que enseñamos.

Un silencio cargado de admiración llenó el aula. Verónica asintió con una expresión de orgullo que iluminó aún más la mañana.

—Eso, Andrea, es mediación pedagógica en su esencia más pura —dijo, con una sonrisa sincera—. No se trata solo de transmitir conocimiento, sino de llegar al corazón de quienes nos escuchan. Transformar información en algo significativo. Excelente aporte.

Andrea sintió un calor especial en el pecho. No era solo el reconocimiento de Verónica; era la certeza de que estaba contribuyendo a algo más grande.

La clase continuó con un entusiasmo palpable. Los estudiantes parecían encendidos por una chispa de creatividad, intercambiando ideas y compartiendo experiencias. Verónica, desde el centro del aula, guiaba la discusión como una directora de orquesta, asegurándose de que cada voz fuera escuchada. Al final, asignó un desafío que encendió la chispa creativa en todos: cada grupo debía crear un contenido audiovisual educativo que tocara las emociones de su audiencia. Andrea fue elegida como líder de su equipo, y mientras los demás compartían ideas, ella ya visualizaba un vídeo que combinara historias conmovedoras, imágenes claras y música que acariciara el alma.

Horas después, Andrea se encontraba en la cafetería de la universidad, con una taza de café en una mano y su libreta en la otra. Observaba a los estudiantes que reían, debatían y soñaban entre sorbos de café y libros abiertos. Afuera, el sol comenzaba a descender, pintando el cielo con tonos dorados y anaranjados.

Mientras escribía las primeras ideas para su proyecto, las palabras de Verónica resonaron en su mente: “La tecnología debe humanizarse. No se trata de impresionar, sino de conectar”. Andrea sonrió, convencida de que había encontrado una misión en esas palabras.

Recordó su infancia, cuando los libros eran su refugio y los maestros sus héroes. Ahora entendía que había llegado su turno de devolver todo lo que había recibido, de convertirse en esa figura que inspirara a otros. Se prometió que su proyecto no sería solo un trabajo para aprobar una asignatura; sería una declaración de intención, un compromiso con la educación que transforma y conecta.

Esa noche, Andrea se quedó hasta tarde trabajando en el borrador de su vídeo. Su mesa estaba cubierta de hojas, gráficos y referencias. Pensó en cómo integrar historias reales, testimonios que resonaran con la audiencia, y una narrativa que no solo

informara, sino que también moviera corazones. Su visión era clara: un contenido que mostrara que la educación no tiene por qué ser fría o distante. Puede ser un puente, un abrazo, una chispa.

Días después, cuando Andrea presentó el proyecto junto a su equipo, el aula se llenó de silencio. Cada imagen, cada palabra, estaba cargada de intención. Los estudiantes observaron, algunos con lágrimas en los ojos, mientras el vídeo mostraba historias de superación y aprendizaje. Al terminar, hubo un instante de silencio absoluto antes de que el salón estallara en aplausos.

Verónica, de pie al fondo del aula, aplaudía con una sonrisa de satisfacción y orgullo.

—Esto, Andrea, es el verdadero espectáculo de la educación —dijo, cuando la clase había terminado—. Transformar vidas desde el corazón del aula. Felicitaciones a ti y a tu equipo.

Esa tarde, mientras Andrea caminaba por el campus con una sensación de plenitud, supo que había encontrado su camino. La educación era su vocación, y lo más importante: había aprendido que enseñar no es solo compartir conocimiento, sino encender una luz en los demás. Porque, al final, las mejores lecciones no solo se escuchan. Se sienten.

Capítulo 16.

Una experiencia pedagógica con sentido

Era una mañana brillante en la universidad, y Verónica Córdor había preparado una actividad especial para su grupo. El aula estaba llena de energía; Diana, Luis, Andrea, Jaime, Paula, y Osvaldo escuchaban atentos mientras ella explicaba:

—Hoy vamos a poner en práctica la teoría. Vamos a salir de estas cuatro paredes y conocer cómo otros docentes enfrentan los retos de la educación. Formaremos equipos para entrevistar a una docente experimentada. Su tarea será observar su perspectiva pedagógica, analizar sus respuestas y luego compartir sus reflexiones en clase.

Los estudiantes se dividieron en pequeños grupos y decidieron que entrevistarían a la profesora Ana Pillaga, una docente con años de experiencia y conocida por su enfoque humano y transformador en el aula.

El equipo de Diana, Luis, y Andrea se acercó a la oficina de Ana con un poco de nerviosismo pero con mucho entusiasmo. Andrea lideró la introducción:

—Buenas tardes, profesora Ana. Somos estudiantes de la maestría y queremos aprender de su experiencia. ¿Podemos hacerle algunas preguntas?

Ana los recibió con una sonrisa cálida. —Por supuesto. Me encantaría compartir mi perspectiva.

La entrevista comenzó con una pregunta sencilla:

—¿Cómo describiría su transición de estudiante a docente? —preguntó Diana, mientras tomaba notas.

Ana reflexionó un momento antes de responder:

—Fue un cambio profundo. Al principio sentí inseguridad, pero con el tiempo comprendí que enseñar no es solo transmitir conocimientos, sino acompañar a los estudiantes en su camino.

Luis, intrigado, preguntó:

—¿Qué métodos pedagógicos ha utilizado para conectar mejor con sus estudiantes?

—Al principio usé métodos tradicionales, pero pronto me di cuenta de que los estudiantes necesitaban algo más. Empecé a fomentar la colaboración y a animarlos a aprender unos de otros. La magia ocurre cuando dejamos de ser la única fuente de conocimiento y permitimos que el aula sea un espacio de construcción colectiva — respondió Ana con entusiasmo.

Andrea, queriendo profundizar más, preguntó:

—¿Qué significa para usted que una experiencia educativa tenga "sentido"?

Ana sonrió. —Es cuando el aprendizaje toca el corazón y no solo la mente. Es cuando los estudiantes encuentran en lo que aprenden una forma de comprenderse a sí mismos y al mundo.

Al terminar la entrevista, los estudiantes agradecieron a Ana y regresaron al aula para analizar las respuestas. Verónica los recibió con un aire de curiosidad.

—¿Qué aprendieron hoy? —preguntó, invitándolos a compartir sus reflexiones.

Diana fue la primera en hablar. —Me di cuenta de que la conexión humana es clave en la enseñanza. No basta con ser expertos en una materia; necesitamos inspirar a los estudiantes.

Luis añadió: —Lo más interesante fue ver cómo la colaboración puede transformar el aprendizaje.

Andrea, emocionada, concluyó: —Creo que la experiencia educativa tiene sentido cuando ayuda a los estudiantes a encontrar su propósito.

Verónica los escuchó con atención y, antes de terminar la clase, les dijo:

—Hoy no solo aprendieron sobre pedagogía, también vivieron el conectivismo en acción. Lo que hicieron fue tejer conocimientos y experiencias juntos. Eso es lo que realmente transforma la educación.

Y así, la actividad no solo enriqueció a los estudiantes, sino que reforzó la idea de que la educación es un viaje compartido, lleno de conexiones significativas.

Tercera parte

La investigación en la Universidad.

Reflexión # 1

La enseñanza no es un simple acto de transmisión; es un encuentro, un puente invisible entre mentes y corazones. En el texto de Andrea Pangol Pillaga se revela una verdad profunda: enseñar no solo es explicar, sino tocar la vida del otro, encender una chispa en medio del ruido de lo cotidiano. Como señala Freire (1993), la educación debe ser un proceso de liberación, donde el diálogo auténtico y la informatización de la realidad permitan a los estudiantes convertirse en sujetos activos de su propio aprendizaje.

Cada aula es un universo donde conviven dudas, anhelos y silencios que piden ser escuchados. Sin embargo, muchas veces la educación se convierte en un monólogo estéril, donde la voz del docente resuena, pero no siempre deja eco en quienes aprenden. La autora nos invita a cuestionar esa distancia, a repensar la enseñanza como un acto de presencia real, de conexión genuina, donde la palabra no solo informe, sino transforme. Vigotsky (1978) destacó que el aprendizaje es un proceso social mediado por la interacción, y sin este componente, la educación pierde su esencia.

Nos recuerda que detrás de cada evaluación hay un esfuerzo, una lucha que merece ser vista. Que cada estudiante no es un número en una libreta, sino una historia en construcción, esperando que alguien la lea con atención y respeto. La evaluación no debería ser un muro infranqueable, sino un sendero que permita crecer y avanzar sin miedo.

El poder de las historias es un eje central en este texto. La literatura y la narración emergen como faros que iluminan la enseñanza, convirtiéndola en un espacio de cercanía, emoción y significado. Porque las historias nos atraviesan, nos permiten entender lo abstracto a través de lo humano, y nos enseñan que el aprendizaje es más que datos: es experiencia, es vida, es sentir antes de comprender. Bruner (1990) resalta que el aprendizaje narrativo es esencial para la construcción del significado, permitiendo a los estudiantes relacionar la información con su realidad y emociones. *"Proyectémonos hacia adelante"* es una declaración de principios.

Es una invitación a romper con la enseñanza mecánica, a recuperar el aula como un lugar donde cada voz importa, donde el conocimiento se construye juntos y donde aprender no sea un peso, sino un viaje compartido. Es un llamado a la esperanza, a la posibilidad de una educación que no solo forme profesionales, sino seres humanos conscientes, sensibles y comprometidos con su propio aprendizaje y el de los demás. Como menciona Delors (1996), la educación del siglo XXI debe basarse en aprender a conocer, a hacer, a convivir y a ser, colocando a la persona en el centro del proceso educativo.

Reflexión #2

La enseñanza es mucho más que transmitir información; es un acto de encuentro, un espacio donde las palabras no solo comunican, sino que construyen puentes entre mentes y corazones. En esta práctica, se evidencia que el aprendizaje no es unidireccional ni mecánico, sino un proceso vivo en el que tanto docentes como estudiantes se nutren mutuamente.

A través de la mediación pedagógica y el diálogo, se rompe con la enseñanza tradicional para dar paso a un aula donde la voz de cada estudiante cobra valor, donde la curiosidad es el motor del conocimiento y donde la educación se convierte en un acto de transformación personal y colectiva. En este viaje, cada metáfora, cada historia compartida, no es solo un recurso didáctico, sino un lazo que une la teoría con la vida, el conocimiento con la emoción.

El paradigma socio-crítico que guía esta reflexión invita a ver la educación como una experiencia que debe ser significativa, cercana y humana. No basta con memorizar términos médicos; es necesario comprender el impacto de cada palabra en la formación de un médico con sensibilidad y empatía. Porque enseñar medicina no es solo formar expertos en diagnósticos y tratamientos, sino también en humanidad.

Cada aula es un reflejo del mundo que queremos construir. Si los docentes logran encender en sus estudiantes la pasión por aprender, cuestionar y reflexionar, entonces la educación médica no solo formará profesionales competentes, sino seres humanos capaces de mirar al otro con comprensión y respeto. Porque en la enseñanza, como en la medicina, la clave no está solo en la técnica, sino en la conexión genuina con quienes aprenden y crecen a nuestro lado.

Esta práctica es un recordatorio de que la educación no es un monólogo, sino una sinfonía de voces, un espacio donde cada duda, cada emoción y cada historia cuentan. Y si logramos que nuestros estudiantes se sientan protagonistas de su aprendizaje, habremos dado el primer gran paso hacia una enseñanza que, más que informar, transforma.

Conclusiones

1. El aula debe ser un espacio vivo y significativo.
La enseñanza ya no puede basarse en la simple repetición de contenidos. Los estudiantes necesitan sentirse parte del proceso, construir conocimiento a partir de sus experiencias y descubrir el valor de lo que aprenden en su vida cotidiana. El aula debe vibrar con preguntas, ideas y emociones.
2. Evaluar es acompañar, no castigar
Un número en una hoja nunca definirá a un estudiante. Más allá de las calificaciones, la evaluación debe ser una oportunidad para crecer, para aprender de los errores y para reconocer el esfuerzo. Cuando un estudiante entiende su propio proceso, el miedo a equivocarse se convierte en ganas de mejorar.
3. El maestro no lo sabe todo, y eso está bien.
Ser docente hoy es aceptar que el aprendizaje es un camino de ida y vuelta. Escuchar a los estudiantes, aprender con ellos y de ellos es lo que hace un verdadero educador. La humildad y la apertura a nuevas formas de enseñar y aprender son esenciales en esta nueva era de educación.
4. Un buen docente no solo explica, sino que inspira. La magia de una clase no está en los libros, sino en la forma en que se cuenta la historia. Cuando un maestro habla con pasión, con ganas, con emoción genuina, el conocimiento cobra vida. Los estudiantes no deben entrar al aula por obligación, sino por el deseo de descubrir, de entender, de sentir que aprender vale la pena. Porque la verdadera enseñanza no impone, sino que invita.

Recomendaciones

1. Hagamos que la evaluación sea un abrazo, no un muro. Cambiemos la forma en que damos retroalimentación. En lugar de enfocarnos en lo que estuvo mal, destaquemos lo que se puede mejorar. Celebremos el esfuerzo, demos segundas oportunidades y mostremos a los estudiantes que la evaluación es una herramienta para avanzar, sin un obstáculo que los defina.
2. Educar es dejar huella . Enseñar no es solo explicar, es inspirar. Es despertar en los estudiantes el deseo de aprender, de cuestionar, de crear. No se trata de memorizar, sino de sentir la emoción del conocimiento. Un maestro que enseña con pasión no solo informa, transforma.

Bibliografía

- Acaso, M. (2013). *Aprendizaje disruptivo: Una propuesta pedagógica para cambiar la educación*. Los Libros de la Catarata.
- Assmann, J. (2002). *La historia cultural y la pedagogía*. Siglo XXI Editores.
- Bruner, J. (1997). *La educación, un proceso de construcción del conocimiento*. Ediciones Morata.
- Prieto, C. (2007). *Mediación pedagógica: Un puente entre docente y estudiante*. Editorial Pedagógica.
- Cisneros, V. (2015). *Manual de conocimientos básicos de farmacología*. Profocie.
- Cordero, J. (2013). Nro. 62. *Revista de la Universidad del Azuay*, 9-47.
- Creswell, J. W. (2014). *Diseño de investigación: Enfoques cualitativos, cuantitativos y mixtos* (4.ª ed.). Publicaciones SAGE.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1998). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.
- Jaramillo, M. (2009). *Educación: Una práctica comunicativa y social*. Editorial Magisterio.
- Maturana, H. (1997). *La realidad: ¿objetiva o construida?* Ediciones Dolmen.
- Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia.
- Ovalles, L. C. (2014). *Conectivismo, un nuevo paradigma en educación*.
- Perkins, D. (1999). *La enseñanza para la comprensión*. Editorial Gedisa.
- Prieto Castillo, D. (2007). *La mediación pedagógica como enfoque para la enseñanza*. Ediciones Crea.
- Siemens, G. (2004). *Conectivismo: Una teoría de aprendizaje para la era digital*. Creative Commons 2.5.
- Toro, M. (2005). *El aprendizaje significativo: Estrategias para una enseñanza reflexiva*. Editorial Aique.
- Vygotsky, L. S. (1978). *Zona de desarrollo próxima*. Editorial Akal.

Anexos

Glosario

- *La formación en la DEB* se fundamenta en teorías que subrayan la identidad profesional y la autonomía docente.
- *La "interacción cara a cara"* promueve el contacto directo entre los miembros del equipo.
- *Interdependencia de metas:* Todos contribuyen a definir metas, dándoles significado y propósito.
- *Enfoque hermenéutico-reflexivo:* Se establece una relación lógica entre la teoría y la práctica.
- *Fusionando puentes de aprendizajes:* Proyecto que motiva a profesores a talleres para mejorar la mediación pedagógica entre teoría universitaria y práctica.
- *Enfoque crítico:* Permite entender cómo el contexto político, económico, cultural y personal influye en las prácticas educativas, vistas como una construcción social.
- *Referentes investigativos y teóricos:* Estudios que destacan, junto al aprendizaje individual, la comunidad, para construir significados y realizar investigaciones conjuntas.
- *Tutoría universitaria:* Destaca el aprendizaje continuo básico para la profesionalización y competitividad en el mundo actual.
- *Programa para el Mejoramiento del Rendimiento Académico (Pamra).* Busca reducir el bajo rendimiento académico y el abandono, entre pares, incentiva a la formación psicopedagógica para tutores y tutorados, adaptados a sus necesidades específicas.

- Relación Dialógica: "El proceso educativo debe ser un diálogo entre el maestro y el alumno, no una simple transferencia de conocimientos del maestro al alumno."
- Pedagogía Emancipadora: "Se sugiere una educación que sea más inclusiva y horizontal, basada en la hospitalidad y la acogida, tratando a los estudiantes como iguales y considerando sus diferencias como una oportunidad para enriquecer el proceso educativo."
- Diversidad e Igualdad en la Educación: "El sistema educativo debe aspirar a la igualdad, garantizando que las diferencias individuales no se conviertan en barreras para la participación y el desarrollo de todos los estudiantes."

Cuenca, 07 de abril de 2025

Econ. Verónica Condor Bermeo Ph.D. aprueba el trabajo de titulación de
Andrea Estefanía Pangol Pillaga , estudiante de la Maestría en docencia
Universitaria, cuyo título es: Máster en docencia Universitaria

Econ. Verónica Condor Bermeo Ph.D.

DIRECTORA DE TRABAJO TITULACIÓN